

# ¿Por qué no creo en Dios?

Sobre la imposibilidad del dogmatismo científico y de la epistemología religiosa

© 2007 Juan Pablo Sáenz  
mail@juansaenz.de

## ¿Por qué no creo en Dios?

*Sobre la imposibilidad del dogmatismo científico y la epistemología religiosa*

--

©2007 Juan Pablo Sáenz

[www.jupixweb.de](http://www.jupixweb.de)

El presente texto está protegido bajo la licencia **CREATIVE COMMONS 3.0 "BY-SA"**. Esto significa que **usted es libre de:** copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra y hacer obras derivadas, bajo las condiciones siguientes: **Reconocimiento**. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra). **Compartir bajo la misma licencia**. Si transforma o modifica esta obra para crear una obra derivada, sólo puede distribuir la obra resultante bajo la misma licencia, una de similar o una de compatible.

<http://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es>

## Contenido

1. Introducción
2. Sistemas sociales
  - a. La comunicación religiosa
  - b. La comunicación científica
3. La "fe en la ciencia"
4. Los "argumentos racionales" a favor de la existencia de dios
  - a. Filosofía: tres trampas
  - b. (Pseudo-) Ciencia: creacionismo y diseño inteligente
  - c. Tautología: palabra de dios
  - d. Imparcialidad: agnosticismo
  - e. Ética: El fundamento de la moral
  - f. Inteligencia: "dios no juega a los dados"
5. Conclusión (por qué no creo en dios)
6. Bibliografía y fuentes



## 1. Introducción

He caído, una vez más, en una trampa del lenguaje. Estrictamente hablando, el título de este artículo es incorrecto, ya que mi no-creencia no es tal: no creo en dios<sup>1</sup> - no porque me falte fe o porque haya elegido creer en otra cosa, en la ciencia, por ejemplo. O porque el no-creer sea comparable con el creer, como si un acto de fe fuera lo mismo que un acto de no-fe, como si existiera tal cosa como un „acto de no-fe“. Más que „falta de fe“, es un grado de certeza. Por eso, afirmar que no creo en dios es falaz: tengo la casi absoluta certeza<sup>2</sup> de que dios no existe. Por otra parte, esta aclaración debería no ser necesaria; como todas las trampas del lenguaje, ésta también exige un interlocutor atento y leal: capaz de no caer en ella y noble para no dejar de entenderla como un resumen de lo expuesto más arriba. Capacidad y nobleza son cualidades (lamentablemente) no compartidas por todos los integrantes de este grupo<sup>3</sup>, he aquí el porqué de esta aclaración.

Además, la imposibilidad de tener fe es una característica válida para cualquier postulado científico: no puede „creerse“ en la teoría darwinista de la evolución, ni en la teoría de la relatividad, ni en la fuerza de la gravedad, ni en el principio de incertidumbre; estas son teorías más o menos aceptadas, más o menos plausibles, más o menos útiles, más o menos productivas y que están en mayor o menor concordancia con el resto de las teorías cuyo conjunto denominamos „ciencia“. En este sentido, la „ciencia“ es un sustantivo adjetivizado, pues indica la utilización de un método muy específico y nada más.

Ningún físico cree en el principio de incertidumbre de Heisenberg, ningún biólogo cree en la evolución Darwin y Wallace, ningún matemático cree en la conjetura de Poincaré<sup>4</sup>. Por el contrario, la dinámica interna de la producción del saber científico impulsa a los científicos de todo el mundo a controlarse, a exigirse y a competir entre sí, con lo cual cada teoría es desmenuzada y analizada hasta el cansancio por diferentes personas, expertas en el área, cuyo principal interés (además de, asumámoslo gratuitamente, la búsqueda de la verdad) es encontrar algún error en la teoría del colega/competidor. No hace falta decirlo, pero dentro de un esquema como el aquí expuesto, la fe sería lo más contraproducente que se pueda imaginar; de hecho, lo primero que se hace con cualquier teoría científica, como acabo de esbozar, es asumir una posición escéptica ante ella, si se quiere „no-creer“. Evidentemente, que muchos escépticos expertos (que no lo son porque el título

---

<sup>1</sup> De aquí en más, ignoraré por completo y a conciencia la excepción a la regla ortográfica del idioma español que impone escribir todos aquellos sustantivos con mayúscula que pertenezcan a deidades o libros sagrados.

<sup>2</sup> El "casi" es simplemente un tecnicismo propio del lenguaje racional indicado para explicar el ateísmo: ya que todo lo imaginable es posible, la certeza de que, por ejemplo, la humanidad no exista dentro de una matriz informática y que cada uno de nosotros sea, en lugar de un individuo biológico, un ente de información dentro de un superordenador cuántico que simula nuestro universo como parte de un experimento extraterrestre, es también "casi" absoluta. Por otra parte, esto no quiere decir que dicho tecnicismo deba o pueda ser tomado en serio; si todo lo imaginable es posible, nada es imposible, con lo cual esta discusión (y con ella, todas las demás) carecería de sentido.

<sup>3</sup> Esta introducción (salvo algunas modificaciones) fué publicada por mí en el *Newsgroup* es.charla.religion. Es probable que el servidor de Google aún conserve una copia de la discusión original en [http://groups.google.de/group/es.charla.religion/browse\\_thread/thread/934884ee46ea849e](http://groups.google.de/group/es.charla.religion/browse_thread/thread/934884ee46ea849e)

<sup>4</sup> He elegido a drede tres ejemplos distintos de lo que puede ser un *postulado científico*: un *principio*, una *teoría* y un *problema*, porque con ellos quiero ejemplificar la calidad metodológico-formal de la ciencia, común a todos sus enunciados.

les quede bonito, sino que se lo han ganado dedicando décadas de sus vidas a aprender el lenguaje de una disciplina científica y otros muchos años en profundizar el análisis sobre un problema específico), hayan tratado de invalidar una teoría sin conseguirlo y se pongan de acuerdo en la plausibilidad de la misma, no la convierte en verdad, pero convendrán conmigo que es uno de los mejores acercamientos posibles a ella. Así y todo, nunca nada es aceptado dogmáticamente: cuando la ciencia habla, siempre habla de mayores o menores grados de plausibilidad, que pueden fluctuar, invertirse o desaparecer, según los elementos de control internos (es decir: el autoexamen permanente) así lo indiquen. En el lenguaje de la ciencia, la plausibilidad, la productividad, la concordancia, la aceptación y hasta la validez son cualidades que siempre indican un punto en una escala; nunca son 100% ciertas o 100% falsas<sup>5</sup>.

Es interesante cómo ésta, siendo una de las características más interesantes de la ciencia y el principal elemento constituyente de verdad con el que cuenta, sea, a su vez, uno de sus aparentes puntos débiles: el neófito es, por un lado, incapaz de discernir entre un grado alto de plausibilidad y uno bajo, y se encuentra permanentemente enfrentado con mensajes encontrados, con contradicciones aparentes que le hacen, ahora sí, perder **su fe** en la ciencia. Por el otro, ignorante y ciego, confunde corrección con imprecisión, precisión con altanería, audacia con aceptación, temeridad con conservadurismo y al fin, ciencia con pseudociencia. Dije que este es un aparente punto débil porque, a la ciencia, esto le tiene sin cuidado: el neófito no forma parte de su sistema ni participa de su comunicación; socialmente, el *neófito* es parte del entorno de la ciencia<sup>6</sup>, así como lo es el ganador del show televisivo *El Gran Hermano* o del último *premio nobel de Literatura*.

Sin embargo, el ejemplo sirve para tratar de entender por qué en muchas discusiones sobre religión, tarde o temprano, mi interlocutor me recuerda que „mi fe en la ciencia“ es comparable con su fe en dios, como si la ciencia y la religión, o la decisión de no-creer y la fe fueran estructuralmente idénticas; o aclama que mi ignorancia sobre la existencia de dios es comparable a la suya, con la diferencia en en que él cree y yo no. Como traté de esbozar más arriba, es absolutamente imposible tener fe en la ciencia; así también, es absolutamente imposible encontrar argumentos racionales para la fe<sup>7</sup>. Siendo ésta inherentemente irracional, ¿por qué ese afán de algunos creyentes en querer encontrar argumentos racionales para su fe? ¿Por qué no les basta la fe en sí misma, siendo que ésta, por definición, es autosuficiente y autoreferencial?

Sin pretender ser un ejemplo positivo de la la Ley de Godwin<sup>8</sup>, el comportamiento de los creyentes

<sup>5</sup> ¿Qué determina, entonces, que es ciencia y que no? ¿Cual es la línea divisoria que separa la astronomía de la astrología, la química de la alquimia, la física de la metafísica, el evolucionismo darwinista del creacionismo bíblico, la matemática de la numerología y esa lista enorme de etcéteras con la que podríamos llenar voluminosos tomos de incontables páginas? La respuesta es simple: el método científico. Por eso, éste es tan importante y por eso la ciencia se distingue de la filosofía, de la religión y de la pseudociencia, no tanto por *lo que diga*, sino por *la forma* en que dice que lo dice.

<sup>6</sup> Aunque pueda dejar de serlo y pasar a ser un experto: gracias a la evolución (y no gracias a dios), estamos en un momento de la historia de la humanidad en la que cualquier persona puede ir a cualquier biblioteca y aprender lo que le plazca.

<sup>7</sup> No me refiero aquí a las posibles causas (biológicas, sociales o psicológicas) de la "fe", ni intentaré analizar dicho fenómeno desde una metaperspectiva en cuanto a su grado de importancia para nuestra especie.

<sup>8</sup> Ver [http://es.wikipedia.org/wiki/Ley\\_de\\_Godwin](http://es.wikipedia.org/wiki/Ley_de_Godwin)

que por un lado tratan de convencerme de que mi espíritu analítico y mi raciocinio son una especie de „fe en la ciencia“ y por el otro, al mismo tiempo y sin que se les mueva un pelo ni se les tuerza el rostro de vergüenza, pretenden convencerme de que hay argumentos racionales en los que puede apoyarse su fe<sup>9</sup>, me hace acordar al de aquellos parlamentarios neonazis alemanes, quienes a principios del siglo XXI calificaron al último bombardeo aliado de la segunda guerra mundial contra la ciudad alemana de Dresde (a todas luces atroz, brutal e innecesario) con el adjetivo de „Holocausto“, comparándolo con algo que, según ellos mismos, jamás ocurrió, pero que sin embargo, también según ellos mismos, tendría que ocurrir, o de haber ocurrido... hubiera sido algo agradable. ¿Se entiende la contradicción?

Así como la fe es contraproducente para la ciencia, la razón es contraproducente para la religión y para la fe en general. Nadie puede creer en dios razonando; la fe es un acto de voluntad que elimina a la razón automáticamente; ni en nuestro intelecto ni en nuestro espíritu hay lugar para ambas a la vez. Con esto no quiero decir que todos los creyentes sean personas irracionales, pero en el momento de abrazar su fe, y aunque sea solo por ese instante, tienen que dejar a la razón de lado, pues la razón nos indica que no hay más ni mejores motivos para creer en dios que para creer en cualquier otra cosa, incluyendo el monstruo spaghetti volador<sup>10</sup>, superman y los unicornios azules invisibles.

La existencia del universo, el amor, la complejidad del ADN, el fuego y las mareas **no son indicios racionales a favor de la existencia de dios**; algunos de éstos fenómenos tienen causas conocidas y otros no, pero uno no puede afirmar cualquier cosa solo porque desconoce otra completamente distinta. Si lo hace, cae en una de las falacias lógicas más antiguas de la humanidad, argumentando *ad ignorantiam*, o sea: estableciendo una correlación arbitraria y necia entre un suceso observado y una causa imaginada. Uno puede afirmar cualquier cosa diciendo que cree en ello (y eso es irracional, y así funciona la fe).

Es obvio que el adjetivo „irracional“, en la sociedad contemporánea y occidental, tiene una fuerte carga negativa, e inconscientemente, todos quienes siguen aferrados a una fe irracional (lo lamento, pero es así y no se puede describir de otra manera) se dan cuenta de ello y se enfrentan a un conflicto imposible de dilucidar: o dejan la fe de lado o dejan la razón de lado. No se puede racionalizar la fe, convertirla en una „fe racional“ y quedarse con ambas.

Cuánto más fácil, coherente y consecuente sería decir „Creo porque creo“, afirmación que nosotros, los hombres racionales, no podríamos atacar desde ningún ángulo con „nuestros“ racionales argumentos. Así, quedaríamos afuera de la discusión, ahora llevada a un plano

---

<sup>9</sup> Son muchos y muy hermosos los supuestos "argumentos" de los que se deduciría "racionalmente" la existencia de un Dios: la existencia del cosmos, su complejidad, el delicado equilibrio de las cuatro fuerzas físicas fundamentales, la estructura del ADN, la estructura del ojo humano... o bien el fuego, los truenos, la energía eléctrica, el viento, las mareas y el dolor estomacal (dependiendo de la época y origen del interlocutor de turno)

<sup>10</sup> Ver [http://es.wikipedia.org/wiki/Flying\\_Spaghetti\\_Monster](http://es.wikipedia.org/wiki/Flying_Spaghetti_Monster)

netamente teológico y basada en argumentos de fe, pero mucho más sincera, mucho más honesta, mucho más limpia, y mucho más cerca de la verdad<sup>11</sup> que ahora, dentro de esta asquerosa promiscuidad intelectual en la que caemos siempre.

En este marco, este texto pretende remarcar una línea innumerables veces trazada, sistemáticamente ignorada, categóricamente necesaria.

## 2. Sistemas Sociales

La sociedad actual ha alcanzado un alto grado de indiscutible complejidad: lo que en algún momento comenzó como una forma de organización familiar, grupal y tribal, ha evolucionado hasta alcanzar niveles organizacionales complejísimo: cada sistema social (como la política, la economía, la familia, la ciencia, la religión, etc.), responde a un esquema de autoreproducción cerrado, basado en un código de comunicación binario particular, lo que en la teoría sociológica moderna se conoce con el nombre de autopoiesis. Niklas Luhmann trasladó el término „autopoiesis“ de la biología a la sociología, afirmando que la autopoiesis,

*„...setzt nicht zwingend voraus, daß es diejenige Art der Operationen, mit denen das System sich selbstreproduziert, in der Umwelt des Systems überhaupt nicht gibt. In der Umwelt lebender Organismen gibt es andere lebende Organismen, in der Umwelt von Bewußtsein anderes Bewußtsein. In beiden Fällen ist der systemeigene Reproduktionsprozeß jedoch nur intern verwendbar. Man kann ihn nicht zur Verknüpfung von System und Umwelt benutzen, also nicht anderes Leben, anderes Bewußtsein gleichsam anzapfen und ins eigene System überführen. [...] Bei sozialen Systemen liegt dieser Sachverhalt in doppelter Hinsicht anders: Einerseits gibt es außerhalb des Kommunikationssystems Gesellschaft überhaupt keine Kommunikation. Das System ist das einzige, das diesen Operationstypus verwendet, und ist insofern real-notwendig geschlossen. Andererseits gilt dies für alle anderen sozialen Systeme nicht. Sie müssen daher ihre spezifische Operationsweise definieren oder über Reflexion ihre Identität bestimmen, um regeln zu können, welche Sinneinheiten intern die Selbstreproduktion des Systems ermöglichen, also immer wieder zu reproduzieren sind...“ (Luhmann, 1987, pág. 60)<sup>12</sup>*

Estas „unidades de sentido“ están descritas dentro de un código binario de comunicación, particular para cada sistema social, pero estructuralmente idéntico para todos los sistemas sociales. Así por ejemplo, el „código“ de comunicación de la economía, es „Pago/No-Pago“, el del derecho „Justicia/Injusticia“, el de la ciencia „Verdadero/Falso“ etc., Dicho código se comunica y autoreproduce gracias a un medio de comunicación específico (el dinero, el amor, la verdad, el poder, son algunos ejemplos de los *medios simbólico-generalizados de comunicación*), que

<sup>11</sup> "Verdad", entendida aquí como el producto de la función de la comunicación del sistema social „religión“, o sea: una verdad religiosa.

<sup>12</sup> „...no implica que aquellas operaciones con las que se autoreproduce el sistema no existan también en su ambiente. En el ambiente de los organismos vivientes hay otros organismos vivientes, en el ambiente de la conciencia hay otras conciencias. Sin embargo, en ambos casos, el proceso de reproducción propio del sistema puede ser utilizado solo de forma interna. No puede usárselo como conexión entre el sistema y el ambiente, es decir: no puede arrastrar otros organismos, otras conciencias al interior del propio sistema. [...] En los sistemas sociales, esta particularidad es doblemente diferente: por un lado, fuera del sistema de comunicación ‚sociedad‘ no existe ningún tipo de comunicación. El sistema es el único que opera con éste elemento, y por lo tanto, es real y necesariamente cerrado. Por el otro, aquella particularidad no es válida para los demás sistemas sociales, quienes deben definir su manera de actuar específica y su identidad mediante la reflexión, para poder denominar las unidades de sentido que posibiliten la autoreproducción interna del sistema, o sea: aquellas que deban ser reproducidas una y otra vez...“ (Traducción mía)

constituye el elemento diferenciante entre el sistema y su ambiente y define el contenido de la comunicación del sistema. Asimismo, el código binario de comunicación marca los límites funcionales de cada sistema social. He aquí un resumen de la función, el código y el medio de cuatro sistemas sociales:

Sistema	Función	Código binario	Medio
Política	Decisiones colectivas y obligatorias	Posesión/Carencia de poder	Poder
Justicia	Eliminación de expectativas normativa-contingentes	Justicia / Injusticia	Justicia
Religión	Eliminación de contingencia	Inmanencia / Trascendencia	Fe
Ciencia	Conocimiento empírico	Verdad / Falsedad	Verdad

La función del sistema social está siempre supeditada a su medio: por ejemplo, las decisiones colectivas y obligatorias de la política son consecuencia de la comunicación y de la autoreproducción del poder; éste no surge a causa de sus propios efectos. Así, cada sistema está operativamente cerrado a su ambiente; y no existe forma alguna de conexión directa entre un sistema y otro. El dinero no puede producir amor, el poder no puede producir justicia, la fe no puede producir verdad (que se intente, una y otra vez, siempre con desastrosos resultados, es algo que a la comunicación le tiene sin cuidado). Lo único que pueden hacer los sistemas sociales es producir comunicación, o, en otras palabras, autoreproducción: el dinero puede producir más dinero, el amor más amor, el poder más poder, la justicia más justicia, la fe más fe. Sin embargo, los sistemas sociales observan a su ambiente (por una necesidad de autodefinición) y además, producen irritaciones en su entorno, y pueden a su vez ser irritados por él; el ejemplo más contundente es el funcionamiento aparentemente conjunto del poder político y el poder judicial en las democracias modernas, donde el proceso de producción de una ley es un ejemplo de comunicación política y su ejecución, uno de comunicación judicial. Digo aparentemente porque mirando más de cerca, uno se da cuenta de que no existe punto de contacto directo entre un sistema y otro. La ley es un elemento de *interconexión estructural* entre la política y la justicia, pero ambos sistemas permanecen operativamente cerrados a la comunicación de su ambiente: ningún juez puede bloquear la discusión sobre un proyecto de ley así como ningún político puede anular el fallo de un juez<sup>13</sup>.

Dentro de este marco teórico, en el que no puedo extenderme más aquí, quiero a continuación esbozar las formas de comunicación religiosa y científica, importantes para entender la contradicción inherente y la imposibilidad de los conceptos de „dogmatismo científico“ y „epistemología religiosa“.

<sup>13</sup> Por este motivo, por ejemplo, los políticos (de democracias medianamente sólidas) se cuidan de ni siquiera opinar sobre los fallos de la justicia, y cuando esto ocurre, cualquiera se da cuenta de que *algo funciona mal*.

## 2.a. La comunicación religiosa<sup>14</sup>

El elemento de la religión funcional-equivalente a las pruebas de la ciencia son los dogmas. Rígidos e inamovibles, los dogmas constituyen la estructura formal de la religión, conformada por un grupo de doctrinas y postulados redactadas e impuestas por la autoridad religiosa, quien a lo largo de la historia elige aquellas tradiciones y creencias lo suficientemente importantes o fuertes como para convertirse en dogmas, es decir: aquello que el miembro de dicha religión ha de creer.

El dogma, por definición, es una verdad incuestionable y funciona de manera autoreferencial: no requiere de otra prueba de sí que él mismo; su validez y carácter de verdad le están otorgadas por su propia existencia. Su lógica circular es impecable y funciona así: dogma = revelación divina = verdad = dogma = revelación divina = verdad... y así *ad absurdum*<sup>15</sup>.

La teoría de sistemas propone la diferencia eminencia/trascendencia como el código binario fundamental de la religión, es decir: todo lo *inmanente* (terrenal) tiene su correlato *trascendente* (divino). Si bien en sus comienzos la teoría tuvo dificultades para aceptar a la fe como el medio simbólico-generalizado de comunicación de la religión, concuerdo con diversos autores en que ella puede entenderse como el medio de comunicación religiosa por excelencia, que reproduce la comunicación y autoreproduce el sistema religioso<sup>16</sup>. La fe es un proceso mediante el cual se crea una diferencia entre lo inmanente y lo trascendente, y la observación del producto de esa diferencia elimina la contingencia del mundo, de la realidad y de la existencia, elimina la inseguridad y le da un sentido a lo tangible y a lo intangible. En este marco, la fe es el fin último de la religión, así como la verdad es el fin último de la ciencia, o el dinero el fin último de la economía.

Que la religión reclame para sí el carácter de herramienta constituyente de una especie de *verdad metafísica*, es absolutamente irrelevante y representa, a lo sumo, una cuestión semántica, para quien tenga la voluntad de hacer la concesión de que dentro de la semiótica religiosa hay un sinónimo de fe denominado „verdad metafísica“ cuyo objetivo es la producción de más fe. En todo

<sup>14</sup> Cuando me refiero a la „religión“ estoy hablando en general de la estructura y la forma del *pensamiento mágico* y de ningún modo estoy perdiendo de vista a aquellas personas que profesan una profunda fe en un „dios personal“, en un „poder superior“, en el horóscopo, etc., sin suscribirse a las normas y mandatos de una iglesia determinada. Pido que se acepte esta imprecisión en pos de la facilidad de lectura.

<sup>15</sup> Cabe mencionar que en la tradición católica, por ejemplo, el mero pronunciamiento de la autoridad papal sobre una cuestión cualquiera es condición no solamente necesaria, sino también *suficiente* para el establecimiento de un nuevo dogma. Así ocurrió p.ej. en noviembre de 1950, cuando el papa Pio XII instauró el dogma de la asunción de María, creencia que surgió entre los fieles en el siglo VI d.c. y que no encuentra mención en la biblia. Esta es, sin duda, una particularidad del catolicismo; sin embargo la lógica circular dogmática que mencioné más arriba no resulta afectada por ella.

<sup>16</sup> Uno de las principales objeciones del propio Luhmann para aceptar a la fe como un medio de comunicación simbólico-generalizado es que carecería de la tendencia común a otros medios simbólicos-generalizados de marcar la diferencia entre “experiencia” y “comportamiento”; la fe religiosa no puede hacer esa diferencia pues „...imagina la vida entera bajo observación divina, incapaz de ganar la salvación gracias a una experiencia libre de actos o una acción motivada por cualquier cosa...“ (Baraldi, et al., 1999, pág. 159, traducción propia) A esto se puede objetar, sin embargo, que la fe es el marcador por excelencia de dicha diferencia, porque ella misma es *vivencia* convertida en *acción* (religiosidad). Autores como P. Fuchs asumen como un hecho que la fe es el medio de comunicación simbólico-generalizada de la religión. (ver Fuchs, 2003)

caso, se confunde aquí la función de la religión (la eliminación de la contingencia, o dicho de otro modo, la producción de *certezas*, o sea: verdades *religiosas*) con el medio de comunicación que el sistema utiliza para su autoreproducción y para su autopoiesis, responsable de la diferencia que marca esa certeza: la fe.

Quiero exponer un ejemplo análogo, el de la política, cuyo medio de comunicación simbólico-generalizado es el poder, siendo éste (su reproducción comunicativa) el fin último del sistema político. Sin embargo, dentro de la terminología política, nos encontramos con el concepto de *consenso*, como si su obtención fuera el objetivo último del sistema político, como si de él dependiera el funcionamiento del sistema: aquí también, se confunde el fin último, el elemento comunicacional y autoreproductor (poder) con la función del sistema político, la creación de decisiones colectivas y obligatorias.

Dentro del marco de la sociedad moderna, ningún sistema puede trascender el horizonte de su propia comunicación. Vuelvo al ejemplo de la política por que lo considero el más plástico de todos, ya que este sistema reclama abiertamente la capacidad de ejercer una influencia real sobre otros, incontables sistemas sociales: la economía, la educación, la salud, etc.; cuando en realidad, lo único que hace es observar su entorno y comunicar poder. Los términos política *económica*, política *educativa* o política *sanitaria*, son siempre representaciones de la comunicación política, nunca parte del sistema económico, educativo o sanitario. Así también, la religión observa a su ambiente y comunica fe; pero que en el vaticano exista un observatorio astronómico, no significa que exista la astronomía católica; que la iglesia diferencie entre valores morales positivos y negativos, no significa que sea necesaria la religión para el funcionamiento del modelo ético de la sociedad.

Soy consciente de que esta breve observación del funcionamiento y función de la religión, reducida a los conceptos de dogma y fe, no explica sus causas ni su utilidad, y apenas si alcanza a describir a grandes rasgos el mecanismo mediante el cual existe; pero cumple su objetivo fundamental en el marco de este texto: trazar los límites de su comunicación posible.

## 2.b. La comunicación científica

Al hablar de comunicación científica y sobre todo, de epistemología, quiero comenzar haciendo una aclaración: cuando digo epistemología me refiero aquí al sentido más estricto del término, o sea: al estudio de la producción y validación del conocimiento científico, no a la teoría del conocimiento en general o a la epistemología en su acepción anglosajona, la gnoseología.

La ciencia, una vez emancipada de la filosofía y de la religión, se encontró frente a la necesidad de autodefinir los parámetros de su acción y de establecer una metodología que le permitiera diferenciarse de su entorno y le diera validez científica a sus propias conclusiones. Así surgió el método científico, que, en principio, solo establece una serie de directivas de observación que determinan a posteriori el grado de veracidad de una hipótesis. Éste nunca es absoluto; la ciencia se

comunica en grados de veracidad porque se enfrenta a un problema lógico inherente a su método: el denominado problema de la inducción. El razonamiento inductivo propone una conclusión general partiendo de una observación particular y específica, que (aún cumpliendo una serie de requisitos para ser considerada científica), no puede extenderse con un grado de certeza absoluta a todo lo que existe, puesto que todo lo que existe es inobservable. Luego de observar a diez mil cuervos negros, el enunciado „todos los cuervos son negros“, sigue siendo producto de un razonamiento inductivo: todavía puede existir un cuervo blanco.

Karl Popper examinó este problema y se dio cuenta de que, si bien es imposible afirmar con certeza que „todos los cuervos son negros“, solo basta encontrar uno blanco para afirmar con certeza que „no todos los cuervos son negros“, es decir, que solo hace falta **una** observación para falsificar una hipótesis de manera categórica. Este razonamiento le permitió formular uno de los axiomas fundamentales de la epistemología moderna: una teoría, para ser científica, debe ser falseable; es decir: además de proponer una hipótesis y un método observacional para verificarla empíricamente, la teoría misma debe proponer un escenario posible en el cual sus postulados carezcan de validez. Un magnífico ejemplo de esto es la teoría de la evolución: Darwin (conciente, además, de la resistencia con la que se iba a enfrentar), dedicó gran parte de su libro „El origen de las especies por medio de la selección natural“ a proponer situaciones y explorar los escenarios en los cuales su teoría se vería refutada.

De aquí se deriva un tercer componente que toda teoría científica debe cumplir (además de la concordancia empírica y la falseabilidad potencial): la predictibilidad. „Mañana puede llover o no“ no es un enunciado científico, ya que no es falseable, no predice nada y es, por lo tanto, completamente improductivo. „Todos los cuervos son negros“, en cambio, es comprobable empíricamente, es potencialmente falseable y pretende predecir una característica particular de los cuervos; y mientras no se observe a ningún cuervo de otro color, seguirá siendo „productiva“, es decir: „válida“ científicamente. Justamente es ésta la característica específica y fundamental de la comunicación científica: un permanente y paulatino acercamiento a la verdad, sin lograr aprehenderla nunca de manera absoluta, en donde las diferentes teorías y corrientes, en un permanente proceso de autocontrol y autocorrección, se examinan, se amplían y, llegado el caso, se corrigen mutuamente. Popper planteaba un proceso evolutivo de selección, inherente a la comunicación científica, que desecha las teorías “débiles” y promueve a las más “fuertes” para producir ese momento de acercamiento a la verdad; creo que es una analogía que describe de manera muy certera el mecanismo de autoreproducción científico.

Un acabado ejemplo de este método de autocorrección científico es el estudio y el desarrollo de los modelos que explican el comportamiento de las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza. La física newtoniana fue el primer intento de describir la que nos es más común, la gravedad. Dos siglos más tarde, la teoría de la relatividad extendió esa descripción a un escenario macrouniversal, dominado por grandes distancias y altas velocidades, en donde la teoría newtoniana falla por completo. Veinte años más tarde, la teoría cuántica elaboró otro modelo que describe el

comportamiento del mundo físico a escala microuniversal, el mundo de las partículas subatómicas, en donde, a su vez, es la teoría de la relatividad la que falla por completo. ¿Einstein refutó entonces a Newton, y luego Heisenberg refutó a Einstein? De ningún modo: la física newtoniana, la relativista y la cuántica se complementan y describen el comportamiento de la naturaleza bajo diferentes premisas, pero si yo me dedico a construir casas, voy a acudir a la física clásica e ignorar por completo los efectos relativistas o cuánticos, que ni siquiera existen en la escala espacio-temporal que incide a la hora de construir un edificio. Pero, si lo que quiero es fabricar reproductores de DVDs, tengo que apoyarme en la física cuántica o morir en el intento, pues el láser que debo poder estar en condiciones de manipular obedece a las leyes del mundo subatómico.

Muchas personas malinterpretan esta capacidad de autocorrección científica como una especie de imprecisión implícita; al carecer de los elementos necesarios para identificar el grado de productividad y de plausibilidad de una teoría cualquiera, es común que el espectador, aquel que no está inmerso ni involucrado en el proceso de producción científica, experimente una cierta desilusión cuando dicha autocorrección se hace evidente. No es raro, entonces, escuchar a quienes, con total desparpajo y sin saber realmente de lo que están hablando, proclaman que „... Einstein es solo un producto de marketing; su teoría es falsa y ha sido harto refutada hace décadas“<sup>17</sup>, o que „los astrónomos no saben nada - ahora resulta que Plutón nunca fue un planeta“.

En principio, exabruptos como éstos no dejan de ser parte de la comunicación extracientífica, pero es lamentable que se convierta así a uno de los elementos más honestos, más veraces, más dignos y más fuertes de la ciencia en una aparente debilidad; y que sea justamente ese malentendido el responsable de la tan difundida *desilusión popular* en el sistema científico (Un sistema que, resumiendo lo expuesto mas arriba, convierte a una metodología de observación en la herramienta generadora de la mejor aproximación a la verdad que el ser humano haya diseñado hasta el momento).

Ésta desilusión en la ciencia, junto con una profunda incomprensión de su mecanismo interno de producción de conocimiento es, en mi opinión, una de las principales causas del auge del *pensamiento mágico* y de las falacias que surgen en el marco de la discusión entre la ciencia y la religión, que intentaré exponer a continuación.

### 3. La „fe en la ciencia“

Esta es la primer falacia que deseo exponer, que aparece de manera casi compulsiva cuando en el marco de una discusión entre un ateo y una persona religiosa, el primero menciona que la base última de cualquier religión es el dogmatismo. (Lo cual, en principio, no supone ningún tipo de juicio: es, simplemente, una observación crítica). Gracias a un acto de acrobacia intelectual no

---

<sup>17</sup> Tampoco falta quien le agregue a una descripción como ésta, el adjetivo de “judío”, pero ese es otro problema.

demasiado elegante, el interlocutor pretende invertir la crítica recibida y formula un contra-argumento o *argumento del dogmatismo científico*, que reza más o menos así:

*„La confianza en la ciencia (y en la razón) puede compararse con una extraña forma de fe, pues funciona bajo las mismas premisas: por ejemplo, para explicar el origen de la vida, yo leo el „génesis“ y tu „el origen de las especies“. No existen testigos presenciales de cómo se originó la vida; luego, la confianza en la ciencia es una creencia y los postulados científicos son los dogmas del ateo“*

Éste, además de ser un argumento de dudosa utilidad para quien lo proclama (pues invierte el valor positivo del concepto de fe, una supuesta virtud que los creyentes reclaman como propia), evidencia un malentendido muy evidente, porque una de las características constituyentes de la ciencia, como expliqué más arriba, es la absoluta carencia de enunciados absolutos o dogmas. (Lo que no implica que exista la inconsistencia lógica: la sentencia „los triángulos de cuatro ángulos no existen“ es un enunciado absoluto, pero no de carácter dogmático, sino de carácter lógico, ya que un triángulo está definido por la característica de poseer ni más ni menos que tres ángulos: si tuviera cuatro sería un paralelogramo).

La diferencia fundamental entre el „Génesis“ y „El origen de las especies“ radica en que no hay nada ni nadie que pueda refutar la validez del génesis: ni desde afuera, con argumentos científicos y racionales (porque el dogmatismo religioso hace oídos sordos y ojos ciegos al peso de la evidencia naturalista, fósil, química y empírica del mundo); ni desde adentro del propio sistema de la religión, por ejemplo con argumentos teológicos o hermenéuticos, porque dentro de la propia lógica religiosa, la „palabra santa“ es irrefutable. El génesis bíblico fué, es y será por siempre una verdad religiosa. Se puede creer o no en él, pero quien acepta las reglas del juego de la religión (judeo-cristiana en este ejemplo, pero que puede hacerse extensivo a las demás religiones), toma la decisión *arbitraria y personal* de ubicarse en un punto más „liberal“ (sin creer en todos los dogmas de su iglesia y rehusando creer, por ejemplo, en la virginidad de María) o en uno más conservador (creyendo literalmente en todos y cada uno de los pasajes bíblicos, convencido, por ejemplo, que la tierra fue creada por dios hace seis mil años) dentro de una misma escala de enunciados más o menos absurdos, más o menos terribles y más o menos inútiles, pero que están, todos, revestidos del mismo carácter de infantilismo irracional y patético, desde la obediencia de Abraham, a punto de asesinar a su único hijo por mandato divino, hasta el martirio redentor de Cristo.

Por otra parte, nadie puede „creer“ en un enunciado científico de forma dogmática, pues una teoría siempre propone una respuesta específica a una cuestión específica, y esta respuesta puede tener un alto o un bajo grado de productividad y de plausibilidad, pero nunca absoluto. Como ya esbocé más arriba, dicho grado de plausibilidad está sometido a un examen permanente, y si en algún momento de la evolución científica aparecen pruebas en contra de una teoría aceptada, la ciencia se reescribe de manera automática, postulando una nueva teoría, más acorde con la realidad empírica. Este funcionamiento implica y produce un permanente acercamiento a la verdad científica, un permanente reajuste de los enunciados propuestos, sin que la verdad alcance jamás el status de „absoluta“, en contraposición al tipo de verdad dogmático-religiosa.

Richard Dawkins ejemplifica este funcionamiento con una anécdota personal y cuenta que en su época de estudiante de biología conoció a un profesor de Oxford quién durante años, defendió su teoría de que

*„...el aparato de Gogli (una estructura microscópica del interior de las células) no era real: era una concepción humana, una ilusión. Todas las tardes de los lunes era costumbre de todo el departamento asistir a una conferencia de investigación impartida por un conferenciante invitado. Un lunes, el invitado era un biólogo celular americano que presentó evidencias totalmente convincentes de que el aparato de Gogli era real. Al final de la conferencia el anciano se acercó al estrado, estrechó la mano del americano y dijo -con pasión-: ‘Mi querido colega, debo darle las gracias. He estado en un error durante estos quince años’. [...] Ningún fundamentalista hubiera dicho jamás algo así.” (Dawkins, 2007, pág. 302 y siguiente)*

Supongamos que éste sea un caso aislado y asumamos maliciosamente que la mayoría de los científicos no pueden, por una cuestión de orgullo personal, celos profesionales o lo que fuera, asumir sus errores de una forma tan franca. Después de todo, el científico es un ser humano, atormentado por los mismos defectos y poseedor de las mismas virtudes que cualquier otra persona. Sin embargo, y aún en el caso de que esto fuera así, la ciencia se reescribiría de manera continua, ya que lo plausible, lo lógico, lo científico y lo verdadero no están determinados por lo que diga o piense un científico en particular, sino por lo que dice y postula la ciencia en general, por su forma de comunicarse, por la concordancia de las teorías con la realidad, por la consistencia lógica de sus enunciados y por la corroboración de las predicciones teóricas con el dictamen de la experimentación empírica.

Carl Sagan decía que la ciencia es una forma de humildad, que acepta sus limitaciones y está en un permanente intento de sobrepasar, de transgredir sus propios límites. Él sostenía que los científicos

*“...no pretenden imponer sus necesidades y deseos a la naturaleza, sino que humildemente la interrogan y se toman en serio lo que encuentran. Somos conscientes de que científicos venerados se han equivocado. Entendemos la imperfección humana. Insistimos en la verificación independiente —hasta donde sea posible— y cuantitativa de los principios de creencia que se proponen. Constantemente estamos clavando el aguijón, desafiando, buscando contradicciones o pequeños errores persistentes, residuales, proponiendo explicaciones alternativas, alentando la herejía. Damos nuestras mayores recompensas a los que refutan convincentemente creencias establecidas.” (Sagan, 2000, pág. 42)*

Creo que ésta es una manera muy elegante, muy elocuente y muy certera de expresar el carácter erróneo del contra-argumento del *dogmatismo científico*. Elegante, porque se enfrenta al contra-argumento y hace de él un contra-contra-argumento, reacomoda conceptos y pone las cosas en su lugar. **La ciencia, entonces, si es un sistema de creencias, alienta la herejía y recompensa a quienes refuten convincentemente sus dogmas.**

#### 4. Los „argumentos racionales“ a favor de la existencia de dios

El segundo grupo de falacias comunes en el marco de esta discusión son los „argumentos racionales“ que apoyarían la veracidad de la existencia de dios: desde aquellos filosóficos medievales hasta los

biológicos postmodernos nos encontramos con innumerables intentos de justificar la fe con métodos racionales. Cabe señalar que este tipo de argumentación obedece a un objetivo misionario fundamental: fortalecer la fe del creyente, si esta flaqueara, e implantarla en los espíritus escépticos cuando esta faltase. Una vez encendida, la fe no requiere de elementos exógenos para autoreproducirse, es el medio de la comunicación religiosa y, como tal, su unidad de comunicación: la religión (y el pensamiento mágico en general) comunica y reproduce fe por medio de la fe misma.

Éste mecanismo se hace evidente cuando pensamos en el grado de evolución intelectual de la sociedad moderna (en su grado de iluminación, si se quiere), y el altísimo porcentaje de creyentes que todavía existen. Si bien existen innumerables estudios que indican que el nivel de educación y la tendencia al pensamiento mágico son inversamente proporcionales, todavía sorprende la cantidad de creyentes que aún existen, teniendo en cuenta el grado de educación general de la sociedad con respecto a siglos anteriores.

Esta resistencia del pensamiento mágico al indiscutible avance del pensamiento racional de los últimos cuatro siglos, podría explicarse con la velocidad inherente de la evolución social, donde los cambios profundos requieren de mucho tiempo para hacerse evidentes, pero cuatrocientos años de resistencia acérrima me parecen demasiado, aún a escalas temporales socioevolutivas. Creo que el mecanismo autoreproductor de la fe que intenté describir más arriba funciona a su vez como un mecanismo de defensa, haciéndola impermeable al peligro que le presenta el pensamiento racional.

Sin embargo, la evolución intelectual de la sociedad a la que hice referencia antes, pone a los creyentes modernos ante un escollo de difícil superación, ya que el pensamiento racional en el que crecieron y se educaron se encuentra en evidente contradicción con el pensamiento mágico en el que, también, crecieron y se educaron (la complejidad social moderna permite este tipo de contradicciones). Aquí surgen dos mecanismos para solucionar, o por lo menos eludir, esta paradoja incipiente: en primer lugar, reafirmar la propia desilusión en la ciencia y en el pensamiento racional, repitiendo hasta el cansancio que la ciencia y la razón „no son capaces de explicarlo todo“ (como si entonces tuviera que, de ello, deducirse indefectiblemente que la „espiritualidad“ puede explicar el resto). El segundo mecanismo consiste en elucubrar argumentos racionales que armonicen la coexistencia de la magia y la razón que, a duras penas, conviven dentro de una misma conciencia.

En las siguientes páginas quiero presentar algunos de los supuestos „argumentos racionales“ a favor de la fe y de la existencia de dios. La lista, demasiado incompleta, debe entenderse como un posible ejemplo de ese intento de justificación de la fe, casi tan antiguo como la religión misma y que a veces quiere ser filosófico, a veces científico, a veces ético o teológico, pero que siempre intenta ser racional.

#### 4.a. Filosofía: tres trampas

La filosofía nos presenta innumerables intentos de justificar racionalmente la existencia de dios. Aquí quiero mencionar a tres de ellos, el „argumento ontológico“ de Anselmo de Canterbury (1033-1109, teólogo y arzobispo), la denominada „primera causa“ de Tomás de Aquino (1225-1274, filósofo y teólogo) y la „apuesta de Pascal“, de Blaise Pascal (1623-1662, filósofo y matemático).

El primero de todos, el argumento ontológico, consta de tres pasos lógicos, o por lo menos, lógicos para su época: primero, se asume a priori que lo real es más perfecto (“mayor”) que lo imaginado. Luego, uno puede imaginarse algo perfecto, perfecto, perfecto, cuya perfección no pueda ser superada por nada imaginable. En tercer lugar y haciendo referencia al paso primero, ese ente de perfección pura, en su existencia real, es *aún más perfecto* que en nuestra imaginación. Luego: dios existe. El argumento es ontológico porque según él, a dios le es propio existir en virtud de su perfección (para hacer una analogía poco feliz pero acorde con la argumentación ontológica: así como la circularidad es una abstracción a la que le es propia, por su naturaleza circular, una circunferencia cuya longitud es  $\pi \times 2r$ , dios es una abstracción a la que le es propia, por su naturaleza perfecta, la condición de existente).

El texto original, en el capítulo III de su *Proslogión*, reza así:

*Dios existe con tanta verdad que no puede pensarse que no existe. En efecto, puede pensarse algo que existe, y cuya inexistencia no pueda pensarse, y eso es algo mayor que aquello cuya inexistencia puede ser pensada. Por tanto, si puede pensarse la inexistencia de algo mayor que lo cual no puede pensarse cosa alguna, aquello mismo mayor que lo cual nada puede ser pensado no es algo mayor que lo cual nada puede ser pensado; y eso resulta contradictorio. Así, pues, es tan cierto que existe algo mayor que lo cual no puede pensarse cosa alguna, que es imposible pensar que no existe. Y tú eres ese algo, Señor Dios nuestro. (Canterbury, 1078)*

Éste es un argumento paradigmático por su descabellada sencillez y su evidente mediocridad, que por supuesto, con el paso del tiempo, ha ido perdiendo toda lógica. Sin embargo, es un argumento común, que sigue repitiéndose como si fuese digno de ser tomado en cuenta.

El segundo argumento, la “causa primera” de Tomás de Aquino, es de una falacia lógica más evidente, pero goza de una aceptación aún mayor que el argumento ontológico: en sus “cinco vías de la summa theologia” propone cinco argumentos o “vías” que probarían la existencia de dios: la vía del “movimiento”, la de las “causas eficientes”, la de los “seres contingentes”, la de los “grados de perfección” y la del “orden cósmico”. Todos estos argumentos pueden resumirse en uno solo: que no existe nada que surja de la nada, que el efecto antecede a la causa y que no hay causa sin efecto. Este es un argumento un poco más sólido, ya que por lo menos uno puede detenerse en él unos momentos. Sin embargo, el propio argumento no puede ser aplicado a su conclusión y se derrumba lógicamente tras un breve análisis, porque si la conclusión es que la primera causa de todo lo que existe es dios; ¿cuál es la causa de dios? Si el argumento no puede responder a esta pregunta (no puede), entonces da lo mismo poner a dios, al big-bang o a un experimento extraterrestre/extrauniversal en su lugar; y la “causa primera” se ve reemplazada por una gran

incógnita que como mucho y con mucha buena voluntad, tiene apenas un valor semántico-discursivo.

Si bien es cierto que en la época en que fueron formulados, tanto el argumento de la “causa primera” de santo Tomás como el argumento “ontológico” de san Anselmo no admitían discusión y el mero intento de refutación como el aquí expuesto hubiera sido impensable y peligrosísimo, resulta llamativo que estos argumentos todavía hoy sean objeto de estudio, de uso corriente y que nunca falte quien, en el marco de una discusión sobre teología y fe, esgrima el argumento de la “causa primera” sin reparar en su contradicción, su paradoja y su falacia lógica.

El tercer argumento es la denominada „apuesta de pascal“. Blaise Pascal propuso, en el más evidente intento de conciliar el raciocinio con la fe, el siguiente ejercicio mental: al no tener la certeza sobre la existencia de dios, conviene *apostar* por su existencia, ya que haciendo un examen de todas las opciones posibles, existe una desproporción en la relación costo/beneficio entre el acto de creer y el beneficio, positivo o negativo, que nos espera en el más allá, en el caso de existir dios: si se cree y dios no existe, nada se *pierde*, pero si existe, se *gana* infinitamente; en cambio, si no se cree y dios no existe, nada se *pierde*, pero si existe, se *pierde* infinitamente. Sin tener en cuenta los errores lógicos de éste planteo (que está, a todas luces, [1] demasiado centrado en el dios del cristianismo, sin contemplar a las demás religiones (es decir, que asume a priori al dios del cristianismo como única alternativa posible a la no existencia de un poder sobrenatural), y que [2] imagina una deidad preocupada únicamente por una especie de vanidad sobrenatural incomprensible, que castiga o beneficia a sus “hijos” sin importarles otra “virtud” más que la fe que le profesen, en abierta contradicción con el lenguaje propio del cristianismo que propone como alternativa a no creer), el error conceptual más evidente de este argumento es que no sirve para creer, ya que el acto de fe no es algo que se pueda poner en marcha mediante un acto de voluntad utilitarista determinado, como mover un brazo hacia arriba o dar dos pasos a la izquierda. Uno puede elegir concurrir a misa todos los domingos, no pronunciar palabras en inglés, tomar medio vaso de leche fría al despertar o cualquier otra cosa dirigida por nuestra conciencia, pero no se puede elegir creer al carecer de fe. El argumento de Pascal, además, da por hecho que las posibilidades de que dios exista y las que están en contra de su existencia son del 50% para cada opción, lo que es otro supuesto *a priori* sin ningún tipo de justificación. Tampoco sirve como base teórica del cálculo de este porcentaje. En resumen, aunque nacido en una época menos oscura que los otros argumentos filosóficos expuestos más arriba, y con un espíritu aparentemente más racional y analítico, la *apuesta de pascal* es igual de improductiva, igual de irracional y únicamente útil para el autoregocio de quienes ya profesaban una profunda fe antes de conocerla.

#### 4.b. (Pseudo-) Ciencia: creacionismo y diseño inteligente

El debate intelectual sobre el origen de la vida en general y de nuestra especie en particular existe desde que el hombre aprendió a razonar y a plantearse la razón de su existencia, es decir: desde siempre; pero se ha agudizado a partir de 1859, cuando Charles Darwin publicó su teoría de la

evolución y creó la herramienta descriptiva naturalista más adecuada que ha encontrado la ciencia para explicar el origen de la vida. La evolución darwinista describe un mecanismo de selección natural, que organiza la aleatoriedad de las mutaciones genéticas bajo parámetros evolutivos naturales y capaz (durante el transcurso de largos períodos de tiempo), de transformar los primeros organismos unicelulares que habitaban la tierra primitiva y de originar la multiplicidad de las especies que la habitan en la actualidad, incluyendo al ser humano.

Esta visión naturalista del mundo está en abierta contradicción con el mito del génesis religioso (de cualquier cultura en general y judeo-cristiana en particular), que ha dado lugar a una *Weltanschauung* denominada "creacionismo", que haciendo una lectura literal de la biblia afirma que el universo, nuestro planeta, la vida reinante en él y el hombre han sido creados por dios, hace seismil años y tal y como lo cuenta la biblia. De esta cosmovisión, que históricamente ha estado muy a gusto dentro un contexto de comunicación religiosa, ha surgido el *neocreacionismo*, que pretende apoyarse en supuestas "pruebas" geológicas, históricas, biológicas, matemáticas, en una palabra: científicas, y convertirse así en un digno adversario de la teoría de la evolución darwinista, pero dentro del propio campo de la ciencia y sin argumentos religiosos, es decir: en un marco de debate *científico*, logrando así una mayor aceptación popular y política, reclamando para sí el derecho a ser considerada una *teoría alternativa*, con igualdad de oportunidades de, por ejemplo, ser enseñada en el nivel educativo primario.

La última herramienta pseudocientífica de la que hace uso el neocreacionismo se denomina "diseño inteligente", que quiere ser una teoría científica intersicplinaria, que con argumentos matemáticos, físicos y microbiológicos demostraría *científicamente* dos cosas: que el naturalismo no explica ni el origen de la vida ni la evolución biológica, y que el deísmo nos proporciona una explicación más *elegante* y más *exacta* (sic!) a estas cuestiones (aunque no nombra a dios en ningún momento y hace uso del eufemismo (bastante evidente por cierto) del "diseñador inteligente"). Por supuesto, al creacionismo en general y al diseño inteligente en particular, les resulta imposible ser tomados en serio dentro de un ámbito estrictamente científico, pero han logrado instaurar un debate social y político imposible de ignorar, sobre todo en norteamérica, pero que ha ido extendiéndose vertiginosamente a todo el mundo<sup>18</sup>. Este inesperado éxito mediático, social y político del creacionismo, es muy bien utilizado por sus defensores, quienes aprovechan la atención recibida para aumentar la confusión reinante. Philip Johnson, jurista norteamericano y padre del "Diseño Inteligente", dice en el documental televisivo "Creation vs. Evolution", sobre Darwin y la teoría de la evolución:

<sup>18</sup> Así, en agosto de 2005, el entonces presidente de los EE.UU., G.W. Bush, afirmó durante una entrevista que el diseño inteligente debería ser enseñado en las escuelas como una "teoría alternativa" con estas palabras: "I think that part of education is to expose people to different schools of thought - You're asking me whether or not people ought to be exposed to different ideas, the answer is yes." (Hutcheson, 2005) En español: "Creo que mostrarle a la gente las diferentes escuelas de pensamiento, es parte de la educación. Me pregunta si habría o no que enseñarle a la gente ideas diferentes, la respuesta es sí". (Traducción mía)

*“La teoría darwinista de la evolución es el gran mito de la creación de nuestra cultura. Cada cultura tiene su propio mito de la creación, que es la base de todo tipo de conocimiento; por eso, quienes están autorizados a difundir dicho mito gozan de un gran poder, poder que intentan monopolizar. No lo quieren compartir con nadie. [...] Los darwinistas, simplemente, deciden que ni Dios ni cualquier tipo de creador sobrenatural pueda tener cabida en la ciencia; deciden que la naturaleza es la única responsable de todo.” (Philip Johnson, en: Pool, 2006)*

Nótese la sutil manipulación del lenguaje de la que hace uso este hombre, calificando a una aceptada teoría científica con la palabra “mito”, relacionando “ciencia” y “conocimiento” con “autoridad” y “poder”, insinuando una conspiración (política, científica o vaya a saber él de qué índole) y afirmando que dios debería ser considerado por la ciencia como una hipótesis viable, legítima y científica. En estas palabras se hace evidente, una vez más, la profunda contradicción ideológica en la que viven los creyentes y sus permanentes intentos de darle consistencia lógica a la fe y a la razón, criticando a la ciencia y a la razón, por un lado, por no aceptar la naturaleza ontológica del producto de la fe; pero al mismo tiempo queriendo obtener su aprobación, como si ese supuesto carácter ontológico de dios dependiera de la aprobación, justificación y validación racional de la fe.

El elemento más novedoso del “diseño inteligente”, comparándolo con el creacionismo tradicional, radica en que la “teoría” está redactada con un lenguaje científico y se cuida de no hacer referencia directa a ningún tipo de divinidad, ni siquiera especula sobre la naturaleza del posible “diseñador inteligente”, en un intento de dejar atrás la imagen de irracionalidad con la que tuvo que cargar el creacionismo durante el siglo XX, distanciarse formalmente de él y acercarse más a círculos académicos y científicos. De hecho, los argumentos teóricos fundamentales del “diseño inteligente” no son religiosos, sino científicos (o por lo menos, pretenden serlo): biológicos (el argumento de la “**complejidad irreductible**”), matemáticos (el argumento de la “**complejidad específica**”) y astrofísicos (el argumento del “**universo bien afinado**”). No puedo aquí entrar en detalle, pero intentaré resumir la idea central de cada uno de estos argumentos:

El bioquímico Michael Behe es el autor del argumento de la **complejidad irreductible**, que propone que hay sistemas biológicos complejísimos e incapaces de haberse formado solo con la ayuda de procesos aleatorios y consecutivos<sup>19</sup>, porque la falta de cualquiera de las piezas que conforman el sistema en cuestión provocaría el colapso del sistema y el cese absoluto de la función a cumplir. El ejemplo más paradigmático que propone es la existencia del flagelo bacteriano, una especie de cola de la que hacen uso determinadas bacterias como motor propulsor, que compuesta de varias piezas ajustadas perfectamente, solo cumple su función al existir todos y cada uno de sus componentes. También propone otros ejemplos análogos de evolución a nivel molecular subcelular, como la serie de reacciones bioquímicas necesarias para la coagulación sanguínea, entre otras. El argumento

<sup>19</sup> Un error común y que comparten los viejos creacionistas con los nuevos defensores del “diseño inteligente” al hablar de la evolución darwinista es confundir el proceso de selección natural con un proceso dominado por el azar. Si bien el azar juega un importante papel en la génesis de la selección natural, el proceso no es aleatorio. Por medio del azar se producen muchas mutaciones genéticas, pero el proceso encargado de seleccionar aquellas mutaciones que den lugar a la evolución, es decir: separar las que sirven de las que no, no es azaroso sino que, por el contrario, responde a una lógica evolutiva natural que no depende del azar.

afirma que si un proceso requiere de, por ejemplo, setenta pasos químicos sincronizados para funcionar, es un ejemplo de "complejidad irreductible", porque dicho proceso no pudo haber evolucionado de uno de sesenta y nueve de esos pasos, ya que un proceso de sesenta y nueve pasos no cumpliría ninguna función que le diera a dicho organismo una ventaja evolutiva: dicha secuencia química sería disfuncional y por lo tanto, su posible evolución no está descrita dentro de los parámetros de la evolución natural. La evolución tampoco podría haber sido capaz de producir todas las mutaciones necesarias ni de una sola vez, ni en etapas, ya que la selección natural solo favorece aquellas mutaciones que representen alguna ventaja reproductiva y por lo tanto, solamente a aquellos sistemas completamente funcionales. Dice entonces que la única explicación satisfactoria al reto propuesto por la complejidad irreductible es la existencia de un "diseñador inteligente", capaz de crear la vida y su inherente complejidad según un plan establecido, capaz de "diseñar" las estructuras microscópicas que, por su complejidad, no pueden ser explicadas con mecanismos de selección natural. Al mismo tiempo, Behe afirma que la teoría de la evolución si puede explicar otros aspectos de la evolución (autodirigiéndose, una vez más, a un callejón sin salida, porque no existe razón por la cual la microcomplejidad biológica sea más improbable que la macrocomplejidad observada, por ejemplo, en el delicado equilibrio en el que se encuentra un ecosistema determinado); entonces, sin negar a la evolución darwinista en su totalidad y concentrándose en la evolución en un nivel bioquímico, afirma que la complejidad irreductible es una *evidencia* que prueba la existencia de un diseñador inteligente, ya que, según él, únicamente el diseño inteligente ofrece una explicación satisfactoria a este problema. Dicho lo cual, la conclusión final es un poco... tosca (si se me permite usar un adjetivo moderado). La consecuencia de este argumento es, entonces, que el diseñador inteligente tuvo que haber programado genéticamente a los primeros organismos vivos con información que habría permanecido latente durante millones de años (lapso de tiempo durante el cual tuvo lugar la evolución "natural"), para ser reactivada en algún momento y dar así lugar a la evolución de sistemas irreductiblemente complejos, una especie de flash divino o, por lo menos, un momento sobrenatural dentro de un proceso explicado, sino, mediante procesos naturalistas. Para Ardea Skybreak éste es uno de los puntos más flojos del argumento de la complejidad irreductible; ya que

*"...si un "diseñador inteligente" hace 4 mil millones de años empacó en las primeras células todas las instrucciones químicas que necesitarían y después dejó que procediera la evolución natural, es imposible que la información genética necesaria para los sistemas moleculares posteriores (como el mecanismo de coagulación sanguínea de los mamíferos) se hubiera conservado en su estado original [durante cientos de millones de años]. Pero para Behe precisamente la compleja estructura de los sistemas moleculares hoy es "evidencia" del "diseño inteligente" inicial que ocurrió hace miles de millones de años. Esta es una enorme falta de coherencia lógica del argumento central de Behe, para la cual no tiene respuesta." (Skybreak, 2003)*

Yo creo que ésta no es la única ni la más importante falacia lógica del argumento. Sin entrar en detalles específicos y biológicos (varios científicos coinciden en que la complejidad irreductible no es tal, ya que la supuesta dicotomía entre la función y la disfunción de un sistema, al faltarle a éste alguno de sus componentes, no existe, porque hay modelos intermedios, en los que un sistema que hoy cumple determinada función, con menos elementos es capaz de cumplir otra función diferente

a la observada.<sup>20</sup> Así, un sistema aparentemente irreductiblemente complejo podría haber evolucionado bajo los parámetros de la selección natural, secuencialmente y cumpliendo otras funciones hasta alcanzar el grado de complejidad observado), considero que observar un fenómeno cualquiera, no entenderlo, y darle una explicación sobrenatural, es un método que deberíamos haber descartado hace siglos. Deducir la existencia de un “diseñador inteligente”, desde la simple observación del flagelo bacteriano, o desde la observación de la multiplicidad y sincronía de los procesos que dan lugar a la coagulación de la sangre, o desde la observación de cualquier otro sistema complejo, es lo mismo que deducir la existencia de dios desde la observación de una tormenta. Me parece lamentable que en el siglo XXI, una persona culta, educada y seguramente inteligente pueda caer en la trampa del *argumentum ad ignorantiam*. Esta es la gran falacia común a toda la “teoría” del diseño inteligente: observar un problema, no encontrarle una solución satisfactoria y concluir que dios existe, de que dios *debe* existir.

La **complejidad específica**, el segundo pilar teórico del diseño inteligente, es similar al argumento de la complejidad irreductible, pero basado en un razonamiento desasrollado por William Dembski, filósofo y matemático de la *Southwestern Baptist Theological Seminary*, una universidad bautista con sede en Texas:

Dembski propone la necesidad de aplicar un “filtro” a toda observación de cualquier fenómeno o característica natural y hacernos una serie de planteos antes de llegar a cualquier conclusión. Primero: ¿se puede explicar el fenómeno en cuestión con las herramientas que nos brinda la ciencia actual, es decir: con el conocimiento que tenemos del comportamiento de la naturaleza? Si la respuesta es no, ¿se puede explicar como producto del azar? Si la respuesta sigue siendo no, entonces **debemos admitir** que dicha característica tuvo que ser “diseñada inteligentemente”. Habiendo tomado cuenta de su forma de razonar (¿este señor es doctor en filosofía y en matemáticas!) pasemos a observar el nudo de la cuestión: una característica puede ser específica o compleja (por ejemplo, la letra D es una característica específica pero no compleja, mientras que un serie de 500 letras al azar es una característica compleja sin ser específica); para Dembski, cuando un sistema presenta ámbas características a la vez, posee complejidad específica (a manera de analogía y para seguir con el ejemplo del alfabeto, el poema del *Mío Cid* es complejo y específico a la vez). Curiosamente, la complejidad específica es una característica particular de los organismos vivos, en la naturaleza existen ejemplos anorgánicos de complejidad (como determinadas mezclas polímeras) o de especificación (como la estructura molecular de un cristal), pero no hay sistemas anorgánicos que presenten ámbas características simultáneamente. El concepto de la “Complejidad Específica” fué utilizado por primera vez por Leslie Orgel, en 1973, en el marco de un análisis biológico<sup>21</sup>, pero Dembski le da un giro matemático y propone que cuando un

<sup>20</sup> Suzanne Sadedin demostró con la ayuda de un modelo informático como ciertos sistemas biológicos, que entran en la definición de Behe por su supuesta “complejidad irreductible” pueden haber evolucionado bajo parámetros evolutivo-naturalistas, simplemente pasando por etapas intermedias, reducibles y multifuncionales. (Ver: Sadedin, 2006)

<sup>21</sup> ver: Orgel, 1974

suceso de complejidad específica (observado por definición en los organismos vivos), tenga una probabilidad evolutiva de menos de  $10^{-150}$  dicha probabilidad es tan ínfima que desaparece y se la puede considerar nula.<sup>22</sup> A esta (im-) probabilidad la denomina “Límite Probabilístico Universal” (“LPU”)

Entonces, haciendo un sencillo ejercicio de observación, Dembski indentifica una serie de sucesos evolutivos que presentan una gran complejidad específica, y cuya aparición es tan improbable, más allá de su “LPU”, que aplicando su propio “filtro de diseño”, llega a la conclusión de que el “diseñador inteligente” es una respuesta plausible y más probable que la evolución natural.

Los errores lógicos de este planteo son tan evidentes que me resulta de difícil comprensión que pueda ser tomado en serio. En primer lugar, que no entendamos un suceso evolutivo hoy, no significa que no lo entendamos más adelante. El cálculo del “LPU”, aplicado a cualquier suceso natural, está condicionado por la evolución tecnológica del observador; considerarlo exacto es, por lo menos, una ingenuidad evidente. La teoría de la evolución, como cualquier otra, avanza permanentemente, y nuestro conocimiento de los sucesos naturales y de los procesos biológicos aumenta cada vez más. En segundo lugar, como ya objeté más arriba, el azar solo juega un papel menor en el proceso evolutivo; la selección natural no es un proceso dominado por el azar. En tercer lugar, y aunque todo esto no fuera así, no se puede (por una cuestión de consistencia lógica), determinar la probabilidad de un evento *después* de su aparición<sup>23</sup>. En cuarto lugar, insistir con la falacia del *argumentum ad ignorantiam*, proponer como probable la existencia de un diseñador inteligente a falta de una explicación mejor, es un acto de fe como cualquier otro, que puede ser loable o no, espiritual o no, humano o no, (no importa), pero que nada tiene que hacer en un trabajo cuyo objetivo es el de ser considerado científico. Como si todo esto fuera poco, los errores técnicos y matemáticos del argumento no son pocos, y han sido exhaustivamente investigados por diversos especialistas en el tema<sup>24</sup>. Con lo cual, y al igual que el argumento de la “complejidad irreductible”, la “complejidad específica” es falaz en todos sus aspectos: el formal, el lógico y el científico.

<sup>22</sup> Lo que representa una afirmación muy curiosa saliendo de la boca de un matemático. Es muy interesante, además, cómo llega a éste número: es el resultado de la multiplicación entre la cantidad de partículas que existen en el universo ( $10^{80}$ ), la unidad plank de tiempo ( $10^{45}$ ) y la edad del universo en segundos ( $10^{25}$ ). Entonces,  $10^{80} * 10^{45} * 10^{25} = 10^{150}$  Desde mi más profundo desconocimiento matemático, no encuentro relación alguna entre dichos valores y un supuesto límite probabilístico más allá del cual la improbabilidad se convierta en imposibilidad.

<sup>23</sup> Un ejemplo práctico: antes del “rien ne va plus”, la posibilidad de que salga el 36 son de 1/37, pero después de haberse detenido la bola sobre el 36, las posibilidades de que haya salido ése número son de 1/1. Un ejemplo más espeluznante: La posibilidad de que salga una serie de seis números sobre 49, en un juego de lotería, son de  $10^{-6}$ . Si seguimos la serie anual de ese juego, la posibilidad de que salga exactamente esa serie es de  $10^{-6^{52}} = 10^{-312}$ , lo que es cientos de miles de millones de millones de millones... etc. de veces más improbable que la improbabilidad que describe el “límite probabilístico universal” de Dembski. Y sin embargo, exactamente eso ocurre año tras año en casi todos los países del planeta. ¿Improbable? Si. ¿Imposible? No. Es más: si todas las semanas se sortean seis números sobre cuarenta y nueve, la posibilidad de que después de un año salga una serie con una probabilidad de  $10^{-312}$  es igual a 1.

<sup>24</sup> Ver Shallit, 2002

El tercer argumento pseudocientífico que apoyaría la idea del diseño inteligente es es del **universo bien afinado**. Este razonamiento no puede ser atribuido a un autor en especial, es simplemente la deducción, compartida por muchos (y por supuesto, por todos los defensores del diseño inteligente), mediante la observación del universo y el funcionamiento de las fuerzas y de las constantes energéticas que reinan en él, de que debe existir una “inteligencia creadora”, ya que de otra forma sería sumamente improbable la existencia de la vida.

En efecto, si la gravedad, el electromagnetismo, la fuerza nuclear débil o la fuerza nuclear fuerte tuvieran valores apenas diferentes de los que tienen, si la velocidad de la expansión del universo fuera mayor o menor de la que es, si la masa de las partículas subatómicas fuera otra, en fin, si viviéramos en otro universo... no viviríamos en otro universo, ya que le debemos nuestra existencia a la “fina sintonía” en la que se encuentran estas fuerzas de la naturaleza, sin las que la vida no sería posible, o por lo menos, no sería posible *tal como la conocemos*. Esta aclaración no es menor, ya que de lo contrario caeríamos (como caen todos los creacionistas y los defensores del diseño inteligente) en el tipo más extremo del *chauvinismo carbónico*, o sea: una posición intelectual incapaz de imaginar una forma de vida que no sea la nuestra, basada en el carbono, aún asumiendo (aunque sea como un ejercicio intelectual) un escenario en el cual las constantes cosmológicas fueran diferentes a las que rigen a nuestra realidad. La idea del *fino equilibrio del universo* está mejor descrita con el *principio antrópico*, que postula que toda teoría cosmológica tiene que estar en concordancia con el hecho de que existen seres humanos capaces de formularla, que cualquier descripción del universo debe contemplar que existan las condiciones para la evolución de la vida tal como la conocemos. Lo que en principio parece una obviedad y hasta una tautología, puede reformularse de la siguiente forma: Si para nuestra existencia deben darse ciertas condiciones, ellas ya están verificadas por el hecho indiscutible de nuestra existencia. Con lo cual, deducir imprescindibilidad de una inteligencia creadora a partir de la observación del hecho de que el universo ofrezca las condiciones para nuestra existencia, cobra dimensiones de una arrogancia y de una irracionalidad sin igual. Si las constantes energéticas del universo y las demás condiciones necesarias para nuestra existencia fueran diferentes, pues serían diferentes. Tampoco importa, ya que no estaríamos ni en este lugar ni en este momento perdiendo el tiempo con tamañas cuestiones; el universo sería otro, dentro del cual quizás la vida podría haberse manifestado de otra manera, o quizás no. En todo caso, lo más irracional y lo más egocentrista de este razonamiento está implícito, recién se hace evidente en una segunda lectura y es que:

*“El Universo está hecho para nosotros.”*

Después de Copérnico, es muy difícil de entender que siga habiendo gente que piense así.

Además de los errores lógicos y formales que padecen los tres argumentos principales del diseño inteligente que intenté esbozar más arriba, nos encontramos con una serie de errores comunes y fundamentales en el planteo de la teoría, que impiden que el diseño inteligente sea considerado una “teoría alternativa”. Muchos sostienen que no hay argumentos epistemológicos que impidan que

la teoría sea considerada científica. Si los hay: Primero: asumir a priori la existencia de un “diseñador”, una voluntad creadora, inteligente y sobrenatural (o sea: asumir a priori a dios). Aunque los defensores del D.I. se niegan a aceptar que su teoría necesita de tal apriorismo, sin diseñador no hay diseño, y sin diseño, el diseño sería implanteable como alternativa válida y por ende, mucho más improbable que la evolución. Esto hace que el “diseño inteligente” sea tautológico en el título, en su premisa y en su conclusión. Si una teoría asume a priori la existencia de dios, para concluir que dios existe, y se llama “Teoría de la voluntad divina”: ¿Es una teoría o una broma...? Segundo: carecer de todo momento de falsibilidad. La teoría plantea que la vida es el resultado de un diseño inteligente. Si observáramos el resultado de un “diseño perfecto”, la teoría se vería confirmada y se encontraría apoyada por la experiencia empírica. Pero que la observación empírica nos muestre el resultado de un “diseño imperfecto” (como ocurre en la realidad, ya que el supuesto “diseño” de la vida está cargado de imperfecciones, resabios inútiles, órganos que ya no cumplen ninguna función, etc.), no es una manera de falsear la teoría ni un indicio a favor de la evolución natural; es, dentro del discurso neocreacionista, simplemente un momento de incompreensión humano (ya que, por supuesto, nos resulta imposible comprender el “diseño del diseñador”). La experiencia empírica, siendo diametralmente contraria al supuesto caso ideal, en donde la vida sería el resultado de un diseño perfecto, sigue siendo una “evidencia a favor” de la teoría del diseño inteligente: simplemente, el ser humano es incapaz de reconocer la perfección del diseño. Bien, cual es la diferencia entre ese postulado y afirmar que “los caminos del señor son inescrutables”? Ninguna. Cualquier cosa imaginable puede ser atribuida al diseño: hasta la evolución. Como ya hemos visto antes, ésta es una evidente característica de la comunicación religiosa. Y si un día se encontraran todas las evidencias fósiles capaces de explicar la evolución natural en su totalidad y dispar hasta el más mínimo resabio de duda, cualquiera podrá afirmar, sin tener que presentar el más mínimo asomo de una prueba, que el diseñador así nos ha diseñado. El diseño inteligente puede explicarlo todo. Ahora bien, si todo lo explica, no explica nada, como es fácil de comprender. Y esto me lleva directamente al tercer punto: el diseño inteligente no predice nada, no nos ofrece un marco científico para hacer ningún tipo de experimentación, ni siquiera uno de observación confiable. Mientras que el concepto de selección natural nos ofrece un marco para observar una realidad empírica y crear escenarios de experimentación, en donde es posible establecer hipótesis que estén en concordancia con la teoría y verificar o falsear tales predicciones luego de haber observado la realidad, el diseño inteligente nos sume en la más oscura tiniebla: sin un marco de acción delimitado puede suceder cualquier cosa; otra vez, la teoría lo predice todo y por eso, nada predice.

Sin productividad, sin predictibilidad, sin consistencia interna ni lógica, sin elementos de corroboración ni falsificación empírica, sin ni siquiera solidez científico-argumentativa, el “cambio de paradigma científico” que anunció ser el diseño inteligente, resultó ser lo que siempre fue: una herramienta de comunicación religiosa, que reproduce fe y que, aunque disfrazada de ciencia, solo habla con el lenguaje de la fe.

#### 4.c. Tautología: palabra de dios

Existe un argumento esgrimido con demasiada frecuencia, que sugiere que la existencia de dios está comprobada mediante la existencia de la biblia, que el origen divino de la “palabra santa” es incuestionable. Lo que bajo un análisis supérfluo pareciera una explicación tautológica, circular y dotada de una gran porción de infantilismo... se ve confirmado con un segundo y un tercer análisis. El enciclopedismo bíblico, aunque cuente con un inmenso poder argumentativo y lógico dentro de un marco teológico de discusión, sacado de contexto y llevado a un plano metareligioso, es simplemente absurdo. Sin embargo, no falta quien cite tal versículo de tal capítulo de tal libro en su afán de refutar cualquier razonamiento antideísta que haya sido planteado, como si el conocimiento enciclopédico de la biblia fuera un indicador de su veracidad. ¿Que se pone en duda la existencia de dios? ¿Que hay evidencias geológicas sobre la imposibilidad del diluvio? ¿Que Moisés nunca separó las aguas del mar muerto? ¿Que la virginidad de María es un mito? La respuesta está en “Génesis, 7:17”, “Éxodo, 14:21”, “Hechos, 9:34” o en cualquier versículo apropiado para el caso y repetido hasta el cansancio.

Este ejemplo evidencia una vez más que la racionalidad de todos estos argumentos solo existe dentro de la lógica inherente a la comunicación religiosa: en una discusión que acepta los parámetros de fe, es lógico que la herramienta argumentativa por excelencia sea su libro máximo; en todo caso, aquí la discusión gira en torno a su “correcta” interpretación y es un ejercicio de hermenéutica absolutamente legítimo. Pero solo dentro de la comunicación religiosa. Fuera de ella, cuando se pone en duda el origen divino de la biblia, nadie puede responder que si lo es porque dios se la dictó a los hombres, cosa que puede corroborarse... ¡leyendo la biblia! Si yo afirmo que mi encendedor pesa cien kilos porque en su dorso puede leerse la leyenda “Peso aproximado: 100 kg” y todas las balanzas del mundo marcan 50 gramos al pesarlo, pues mi encendedor no va a dejar de pesar 50 gramos, aunque yo esté convencido que son cien kilos. Todo esto no impide que dentro de un grupo en el que todos sus integrantes creen firmemente que la inscripción es cierta, pueda discutirse sobre la exactitud de su peso, si es de 99, 100 o 101 kilos, en cuyo caso la discusión llega a mantener una coherencia lógica dentro de la pauta de la fe que todos asumen antes de comenzar a discutir. Pero a nadie se le ocurriría acudir a una balanza para determinar su peso exacto; asumir las reglas del juego de la fe significa negar a las balanzas como instrumentos capaces de lograr una aproximación a la verdad.

De todos los argumentos supuestamente racionales en pos de la fe, éste es sin duda el más obviamente irracional, pero no quise dejar de mencionarlo porque de su análisis se desprende una conclusión evidente pero muchas veces olvidada; así como al asumir las reglas de la discusión religiosa es absolutamente imprescindible negar el poder argumentativo de la razón en pos del poder argumentativo de la fe, asumir las reglas del juego de la comunicación racional significa negar a la fe como un instrumento generador de verdad.

Entonces, ya no sorprende la imposibilidad comunicacional manifiesta entre incrédulos y creyentes: hablando lenguajes incompatibles, utilizando otros códigos simbólico-generalizados de comunicación, pronunciando los mismos vocablos para referirnos a cosas muy diferentes, no lograremos jamás establecer una comunicación coherente, ni siquiera una factible; el discurso más elegante y la argumentación más elocuente se convierten así en un balbuceo absurdo a los oídos de nuestro interlocutor y viceversa. No tengo la intención de ofrecer una alternativa a esta imposibilidad comunicacional, que por otra parte no estoy planteando como un problema, sino como un simple hecho. Considero inútil y absurdo cualquier intento de comprensión o acercamiento; sencillamente no es necesario y mucho menos imprescindible. Entender que la religión opera con fe y reproduce fe en su comunicación, dejando de lado a la razón, esa es la única conclusión necesaria e imprescindible que se desprende de este análisis.

#### 4.d. Imparcialidad: agnosticismo

Entiendo que el lector atento se sienta algo desconcertado en este momento. ¿Cómo voy a presentar al agnosticismo como un supuesto „argumento racional“ a favor de la existencia de dios? ¿No es el agnosticismo, justamente, una corriente que proclama la incapacidad de conocer si existe o no dios? ¿No es ésa, en definitiva, la única posición *realmente* racional, ni a favor ni en contra de nada, que admite su desconocimiento sobre el tema y se limita a no opinar? Me atrevería a afirmar que no es así.

Si bien la definición exacta de palabra “agnosticismo” está muy cerca de la esencia del espíritu racional que pretende defender este texto, no es ese el uso que, por lo común, se le da a la palabra cuando nos referimos al *agnóstico de dios*. A ese tipo especial (tan extendido en la sociedad moderna) de agnóstico de dios es a quien me refiero aquí, no al agnóstico estricto, de carácter más filosófico y terminológicamente más exacto. Cuando digo *agnosticismo estricto*, me refiero al tecnicismo al que hice referencia más arriba: una postura racional, desde la cual nada imaginable puede negarse categóricamente, simplemente porque la magnitud de todo lo existente y la limitación humana nos impide observar todo lo potencialmente observable. Es posible imaginar un planeta en la órbita de Alphacentiuri en donde existan seres de diez centímetros de altura y de tez azulada, o pequeños insectos con forma de jóvenes mujeres, pero nadie ha viajado nunca hasta alphacentauri. Nadie puede. Es imposible encontrar pruebas en contra de la existencia de los pitufos, las hadas o los unicornios azules invisibles. Ahora bien, ¿es *probable* que existan los pitufos, las hadas y los unicornios azules invisibles? El que algo no sea irrefutable, el que no haya pruebas de su no existencia, no es una evidencia a favor de la existencia de ese algo, ni siquiera lo convierte en probable. Richard Dawkins expresó magistralmente esta idea:

*„Que no se pueda probar la inexistencia de Dios es normal e insignificante, aunque solo sea en el sentido de que nunca podremos probar absolutamente la inexistencia de nada. Lo que en realidad importa no es si Dios es irrefutable (no lo es), sino si su existencia es probable. Esto es otro tema. Se estima que algunas cosas irrefutables son mucho menos probables que otras cosas también irrefutables. No hay razón alguna para considerar que Dios es inmune a la consideración en el espectro de probabilidades. Y ciertamente no hay razón para suponer que,*

*tan solo porque Dios no puede ser probado ni refutado, su probabilidad de existencia sea del 50%" (Dawkins, 2007, pág. 64)*

Exactamente aquí es donde radica, en mi opinión, la irracionalidad del agnosticismo. El agnóstico proclama no saber si dios existe o no, pero a la vez aclama, por lo general con orgullo, que le da el 50% de posibilidades a cada una de las opciones. ¿Porqué? Pues porque „no sabe si existe“ o, expresado más exactamente, porque „limitado por su propia naturaleza, no posee las herramientas cognitivas para poder conocer cabalmente a dios, en el caso de que él existiera“. Preguntémosle ahora a cualquier agnóstico de dios, en qué medida es agnóstico de los pitufos, de las hadas o de los unicornios azules invisibles: la respuesta que obtendremos será la de un agnóstico muy, pero muy estricto.

¿Por qué? Déjenme imaginar dos escenarios posibles. En el primero, el agnóstico no *sabe*, pero *elige* (o mejor dicho, *no elige*) entre „dios“ y „no-dios“ en lugar de elegir entre todas las opciones posibles, es decir: „dios“, „evolución“, „matrix“, „experimento extraterrestre“, „sueño de un tigre“, „escencia mística del universo“ y cualquier otra cosa que explique el origen de la vida, su „sentido“, y todas esas cuestiones que lo llevaron, alguna vez, a plantearse estos interrogantes. Al hacer una elección como ésta, aglomerando todas las posibles respuestas imaginables a la cuestión del „sentido de la vida“, pero desfavorables a la existencia de dios, dentro de un mismo grupo, mezclando los elementos racionales junto con los irracionales, está automáticamente inclinándose hacia la opción de dios y dándole mucha más importancia de la que se merecería dentro de un análisis crítico más profundo y más justo, en donde habría que separar los argumentos racionales de los irracionales, y en donde, haciendo un promedio muy *a grosso modo* obtendríamos digamos que un 50% para el naturalismo y bastante menos para dios.

Esto evidentemente no es así, porque la disyuntiva es y fue siempre *dios contra natura*, y porque la opción „dios“ es mucho más fuerte que la opción „matrix“. Es más, creo que en el fuero interno de la mayoría de mis lectores, aún en el de los ateos, este planteo suena demasiado construido.

La respuesta al porqué de esta reacción me lleva directamente al segundo escenario posible, que creo más ajustado a la realidad, en donde el concepto de lo divino nos fue inculcado a una edad muy temprana, cuando todavía no teníamos la edad suficiente para discernir si la imagen de aquel gigante gordo y barbudo, vestido con una túnica blanca y alpargatas, siempre rodeado de nubes, era algo creíble, factible y lógico, y que por ello los adultos de hoy somos menos inmunes al concepto de lo divino y más proclives a aceptar a la religión en particular o la idea de dios en general como algo por lo menos imaginable, en lugar de tildar a ambas cosas de locura descabellada y no perder más tiempo en el asunto,<sup>25</sup> como hace la mayoría de la gente cuando se le plantea que

<sup>25</sup> Se me dirá que a los seis años tampoco podíamos decidir sobre la credibilidad, la factibilidad y la lógica de Batman, y que ningún adulto en su sano juicio cree en este personaje, conocido también a muy tierna edad. Es cierto; sin embargo, este es un argumento más a favor de la irracionalidad del agnosticismo y de la fe en general, ya que nunca ningún niño vió a su abuela, a su madre o a su padre rezarle a Batman; los domingos nadie obliga a sus hijos a ir a las Baticuevas barriales; ningún periódico informa sobre un país llamado Baticano; la t.v. no transmite un programa especial de 56 horas seguidas cada vez que muere su comisionado de turno; en las escuelas ningún alumno tiene dos horas por semana de adoctrinamiento, en donde una y otra vez se les cuenta que el Joven-Maravilla haya muerto por los baticados de los hombres, y en donde se afirme, con total

la matrix existe, o que el origen de la vida en la tierra es producto de un experimento extraterrestre.

Así, bajo el manto de la imparcialidad se descubre una tendencia marcada; si el agnóstico estricto se declara ateo, quien se declara agnóstico imparcial (sin decidirse por la fe o por la razón y dándole la misma probabilidad teórica a la existencia de dios como a su no existencia), guarda una duda demasiado grande para ser ignorada; pero se cubre con un halo de racionalidad que a primera vista lo diferencia del ateo y lo hace más „abierto“.

Nada más lejos de la verdad. Análogo al defensor del „diseño inteligente“, el agnóstico asume a priori que la posibilidad de que dios exista es (desproporcionadamente) alta, confunde presunción con conclusión, y (como si todo esto fuera poco), dictamina para sí mismo una condición especial, pero ciertamente falaz, basada en un fundamento equivocado. Tomando en cuenta estas consideraciones, el agnosticismo representa un argumento supuestamente racional (acaso el supuestamente más racional de todos los argumentos) a favor de la existencia de dios.

#### 4.e. Ética: El fundamento de la moral

La religión siempre se sintió con el derecho a reclamar el monopolio de la moral, lo que dentro de sus propios parámetros normativos es algo bastante consistente: si para eliminar la contingencia hace falta una fe incondicional, para convertir la inmanencia en trascendencia, (o sea: para que podamos alcanzar la trascendencia) el hombre debe perseguir ciertas normas de comportamiento que, necesariamente, deben provenir de la propia trascendencia: de dios. Dentro de la lógica religiosa, es absolutamente imposible que la moral sea algo inherente al ser humano; la moral religiosa, por definición, es algo ajeno a nuestra “naturaleza”; por el contrario, es expresión de voluntad divina, que el hombre ha de obedecer con el objetivo de agradar a dios y acercarse a él; y al mismo tiempo, representa la línea divisoria entre el “bien” y el “mal”, entre lo divino y lo demoníaco, pasando por lo “humano”<sup>26</sup>. Sin una tendencia natural a la moral, “pecadores” por naturaleza (según del dogma cristiano, el hombre no solo es un pecador potencial; el hombre *nace culpable* del pecado original), la moral es un elemento totalmente exógeno a nuestra condición de humanos, un ideal divino, cuya persecución promete el premio de la vida eterna. Con ésta tremenda carga semántica a cuestas, no sorprende que uno de los argumentos teocráticos esgrimidos con más ahínco sea el que dice que dios debe existir porque existe la moral, el comportamiento ético, la conciencia de la diferencia entre lo “bueno” y lo “malo”, en fin, las “normas morales” de la

---

desparpajo, que después de la muerte iremos todos a vivir a Ciudad Gótica, excepto si vivimos en desobediencia a las normas dictadas por Báltman, en cuyo caso nos esperan los eternos tormentos del pingüino y del acertijo. Si bien la socialización es una responsabilidad familiar, es la sociedad en su conjunto quien la ejecuta.

<sup>26</sup> Supuestamente, los seres humanos tendríamos la libertad de decidir que hacer con nuestras vidas, y en qué medida “alejarnos” o “acercarnos” a dios, aunque, al mismo tiempo, él sea omnisapiente y atemporal, gracias a lo cual ya “sabe” todas las decisiones que fueron, son y serán tomadas por todos los hombres. Esto implica que el destino de todos y cada uno de nosotros está esculpido en algo mucho más duradero que la piedra: nuestro destino es inalterable, está grabado en la “conciencia” de dios y no hay manera de modificarlo en lo más mínimo. Ni siquiera esta grotesca contradicción es tal para la religión: ya san Agustín profesaba que “*el Hombre hace libremente lo que Dios sabe que hará con su libertad*”... Pero bien, ése es otro tema.

sociedad. Imaginar la no existencia de dios es, según esta idea, una pesadilla insoportable en la cosmovisión del creyente: sin una moral divina el hombre se encuentra perdido, sin rumbo, capaz de cometer las atrocidades más terribles al carecer un marco de acción que le indique la diferencia entre el bien y el mal. El postulado no se detiene en una mera descripción y se transforma en un argumento indicativo y probatorio, ya que si aceptamos que la moral nos fué impuesta por dios, resulta que sin dios no hay moral y (como sí la hay), entonces: dios existe. Otra vez se hace evidente el carácter circular del supuesto argumento, ya que para poder concluir en que la existencia de la moral es una evidencia de la existencia de dios, tenemos que aceptar, *a priori*, que la moral es un producto divino.

Curiosamente, la tendencia de relacionar la moral con la religión no es una característica exclusiva de esta última: mucha gente, amplios sectores políticos y sociales, las ponen en un nivel de cuasi-igualdad, muchas veces inconcientemente. Por ejemplo, a mediados de la década de los '90, hubo en España una fuerte polémica motivada por un cambio del sistema educativo, impulsado por el ministerio de educación, que eliminaba la obligatoriedad de las clases de religión en el nivel primario, ofreciendo al alumnado la posibilidad de asistir, en su defecto, a clases de ética. (Y la polémica surgió, no porque a nadie se le haya ocurrido cuestionar la evidente insinuación de intercambiabilidad entre ambas cosas, sino porque hubo un grupo de gente que estaba *en contra* (sic!) de que el adoctrinamiento religioso a niños de entre seis y doce años perdiera su condición de obligatorio, en un estado supuestamente laico)<sup>27</sup>.

En el concepto del origen divino de la moral existen dos falacias que se evidencian tras un corto análisis: primero, la biblia nos presenta, a todas luces, una idea moral muy diferente a la nuestra. El hecho de que proponga algunos mandamientos compatibles con nuestra concepción de la moral, el amor al prójimo, poner la otra mejilla y cosas que hoy nos parecen loables y positivas, no invalida al enorme número de citas y mandatos que avalan, promueven e imponen supuestas "virtudes" (mandatos ellos de origen supuestamente tan divino como todo el resto) decididamente repugnantes, que son una evidente apología a la misoginia, a la xenofobia, a la homofobia y al fanatismo, dotadas de una brutalidad que se encuentra en abierta contradicción con los valores morales positivos de la ética moderna. Profundizar un poco en este análisis debería bastarle a cualquiera para concluir que "la moral" es una construcción social y, como tal, ni permanente ni inmodificable; por el contrario, se encuentra totalmente condicionada por la época en la que se desarrolle. Ésa es la segunda falacia: el convencimiento de que la moral es una construcción sólida y permeable al paso del tiempo, cuando en realidad, la escala de valores y normas de comportamiento que han acompañado a los humanos desde que existimos como sistema social, la

<sup>27</sup> Lamentablemente, en los países occidentales y sobre todo luego del 11 de septiembre del 2001, esta tendencia ha ido en aumento (por lo menos en una posición político-discursiva), y desde vastos sectores sociopolíticos se escuchan voces proclamando que la "sociedad occidental" se basa en la "tradición cristiana", y en los "valores cristianos" (en un intento evidente de querer distanciarse de supuestos valores "antagónicos" y "musulmanes"). Nada más alejado de la realidad. Toda la sociedad europea y gran parte de la sociedad anglo- e hispanoamericana está erguida bajo los valores de la ilustración, cuyos valores son... ideales políticos y sociales a-religiosos, que niegan terminantemente a la religión como algo que pueda exceder los límites de lo estrictamente personal e individual, presa para siempre de la conciencia de cada ciudadano.

moral y la ética, son construcciones dotadas de una flexibilidad sorprendente. Richard Darwkins utiliza el término "*Zeitgeist moral*"<sup>28</sup> para referirse a la flexibilidad moral de la sociedad y a su condicionamiento de acuerdo a la época en la que surga. En efecto, el "Espíritu de la Época" determina cuales son los valores morales positivos adoptados por la sociedad, desecha algunos e incorpora otros, que son muchas veces hasta opuestos entre sí, cambiando así la dirección de la brújula moral de la sociedad de forma radical y en un brevísimo lapso de tiempo. Basta pensar en cosas como la aceptación de los homosexuales, la clasificación de los seres humanos en *razas*, el lugar de la mujer en el ámbito laboral y político, el valor social del fascismo o el de la democracia, etc. y compararlos, no digamos con los valores morales de la sociedad del siglo XIII, sino con los de 1940. ¿A quien no le da un poquitín de vertigo saber que hasta el año 1990 la Organización Mundial de la Salud consideraba a la homosexualidad como una patología psicológica cuya *sintomatología* estaba descrita en el *Código Internacional de Enfermedades*? ¿Quién no se sorprende al enterarse de que en un país tan occidental como Suiza, parcticamente el creador de la democracia directa aplicada, en donde la participación política ciudadana es incontables veces más compleja que en el resto del mundo, las mujeres hayan tenido que esperar la llegada del año 1971 para acceder al derecho al sufragio, prohibición que venía acompañada de argumentos absolutamente inaceptables<sup>29</sup> desde una posición moral más actual? (Y no estamos hablando de los valores morales de una aldea de aborígenes de Papúa Nueva Guinea, que evolucionaron sin tener ningún tipo de contacto con alguna sociedad parecida a la "nuestra"; estamos hablando de los parámetros morales de una sociedad sita en el centro de europa y hace unas pocas décadas.)

Detenerse dos segundos sobre la flexibilidad moral de la sociedad, aunque más no sea en el marco de un incipiente y superficial análisis histórico de la sociedad más familiar al observador (la suya propia), debería mostrar acabadamente que la ética es un producto humano, una construcción social que emerge de una situación histórica muy específica. Analizar porqué esto es así o cual es el origen de la necesidad indiscutida del hombre a la elaboración de un esquema ético de pensamiento excede el marco de este análisis<sup>30</sup>, de todas formas basta con observar que su estructura es demasiado flexible y sus contenidos demasiado diferentes a los propuestos por la biblia para estar basados en ella.

---

<sup>28</sup> Zeitgeist: [alemán], "Espíritu de la Época", expresión utilizada para denominar al clima cultural e intelectual de una era y en una sociedad determinadas.

<sup>29</sup> En el portal de cultura suiza swissworld.org puede encontrarse, a modo de curiosidad histórica, una lista con los argumentos en contra del voto fementino esgrimidos en aquel momento. Entre otros: "*¿Conceder el derecho de voto a las mujeres? ¡Qué idea más ridícula! El cerebro de la mujer es más pequeño que el de los hombres lo que demuestra que las mujeres son menos inteligentes. Son propensas a actitudes extremistas y se asocian a campañas sin consultar antes a sus maridos [...] Y si las mujeres son elegidas al parlamento, ¡qué deshonra supondría esto para sus maridos! ...*"

<sup>30</sup> Supongo que el génesis de los padres de la ética, los primeros códigos normativos y colectivos, está íntimamente relacionado con el génesis de estructuras sociales complejas, que solo pueden alcanzar el grado de estabilidad que necesitan para continuar evolucionando con la ayuda de una matriz de comportamiento que permita cierta predictibilidad y autoorganización, demasiado improbables dentro de un medio más permisivo y anárquico. En este hipotético escenario, el desarrollo de normas primitivas que darían luego lugar a la ética iría de la mano de la formación de la conciencia, representaría el último escalón evolutivo del homo sapiens-sapiens y marcaría el nacimiento de su espíritu. Bagatelizar ése momento aludiendo una voluntad divina me parece realmente lamentable... y ni siquiera tan sublime como aludir un monolito extraterrestre, misterioso, gigante, pulido y negro.

#### 4.f. Inteligencia: "dios no juega a los dados"

El último de los argumentos "racionales" propuestos a la hora de querer justificar la fe, a diferencia de los expuestos hasta ahora, es el único abiertamente mentiroso y manipulador. Consiste en citar la supuesta fe religiosa de cualquier científico reconocido, con el objetivo de probar así dos cosas: primero, que la fe religiosa es un proceso, no solamente compatible, sino hasta basado en la razón, y segundo, que la existencia de dios está avalada por gente "más inteligente" que (y este es un argumento implícito) ha dedicado más tiempo, más esfuerzo y más conocimiento a pensar sobre estas cuestiones que nosotros, simples mortales, y que por lo tanto, está más capacitada para opinar o pronunciar un juicio sobre el tema. El argumento de la "inteligencia más cultivada" conoce muchas formas; la más conocida es un conjunto de citas atribuidas a Einstein, y dentro de éste grupo, la cita más famosa reza "Dios no juega a los dados". Su famosa cita de un dios no-jugador está descaradamente sacada de contexto y malintencionadamente manipulada. Einstein no creía en dios, pero estaba maravillado por el orden natural y la composición del universo. De ese delicado orden natural habla cuando se refiere a dios, y cuando pronuncia la palabra "religión" no piensa más que en aquel estado de profunda admiración por la naturaleza. Otra de sus citas dice así:

*"Por supuesto que es mentira todo lo que ustedes han leído acerca de mis convicciones religiosas, una mentira que se repite sistemáticamente. No creo en un Dios personal y no lo he negado nunca, sino que lo he expresado muy claramente. Si hay algo en mí que pueda ser llamado religioso es la ilimitada admiración por la estructura del mundo, hasta donde nuestra ciencia puede revelarla." (A. Einstein, citado por Dawkins, 2007, pág. 24)*

La famosa cita "Dios no juega a los dados" fue la respuesta de Einstein al principio de incertidumbre de Heisenberg, base de la mecánica cuántica, que incorpora un elemento de inherente e irresoluble aleatoriedad al mundo de la física. La frase no tiene nada de misticismo; en todo caso, expresa una convicción científica de Einstein sobre una característica propia de la naturaleza.

Sin tener en cuenta a este tipo de manipulación, hay tres cosas que decir sobre el "argumento del intelecto más cultivado". En primer lugar, asumiendo que la fe pueda representar un elemento importante de una moral posible (no me estoy refiriendo a un elemento generador de moral sino a un elemento *parte* de un *Zeitgeist Moral* determinado), debemos reconocer que hay contextos histórico-culturales en donde es casi imposible declararse ateo, en donde la falta de fe es considerada una amoralidad extrema. En este contexto social, ninguna persona es libre de decirse atea, aún en el improbable caso de no creer en dios, y los científicos no están exentos de las limitaciones que padecen todos los demás. Para poner un ejemplo concreto: nadie sabe si Galileo Galilei creía o no en dios; podemos suponer que sí, considerando la época en que vivió, la educación que recibió, su propio *Zeitgeist* y su propio *Zeitgeist Moral*. Ahora supongamos que, en su fuero íntimo, Galileo haya estado convencido de la imposibilidad de la existencia de dios: es impensable considerar ni siquiera la posibilidad de que pudiera haber expresado libremente su idea, porque, en aquel momento, la alternativa a la fe era el destierro, la prisión o la muerte. Más o menos hasta Nietzsche, es decir, hasta mediados del siglo XIX, era prácticamente imposible declararse ateo. Ni

siquiera Immanuel Kant, el analista de la razón, de la moral y del espíritu humanos por excelencia, uno de los primeros en desarrollar una moral no-religiosa, pudo “salir del armario”, habiendo sido probablemente ateo y habiendo vivido en plena ilustración.

En segundo lugar, hoy, cuando ya no es un *pecado* declararse ateo, existe una probada relación inversamente proporcional entre el ejercicio de fe y el nivel de educación: aquellas personas con un alto nivel de educación muestran una tendencia marcadamente menor a profesar cualquier tipo de fe que aquellas que poseen un nivel educativo más bajo, lo que demuestra que el argumento del “intelecto más cultivado” en todo caso es un argumento *en contra* y no *a favor* de la fe. La población científica cuenta con un número llamativa y estrepitosamente menor de creyentes que el resto de la sociedad.<sup>31</sup> Pero aún cuando esto no fuera así (y en tercer lugar), cuando un científico habla de fe, está hablando desde su condición de creyente, no como científico. Hasta que dios no baje en persona a la tierra y nos ofrezca pruebas fehacientes de su existencia, la especulación sobre la veracidad de la fe estará limitada al ámbito de la religión, del misticismo, del pensamiento mágico y de la intimidad de cada persona. Al esgrimir este “argumento”, se evidencia la profunda ignorancia de quien lo pronuncia sobre los mecanismos y la forma de comunicación científicos, en donde, como expliqué más arriba, no importa *quien* diga tal o cual cosa, los contenidos y la metodología pueden ser científicos, no quien los comunique. A diferencia de la religión, en donde aunque el sumo pontífice padezca de alzheimer y demencia senil, siempre seguirá siendo infalible y la voz de dios sobre la tierra; dentro de un marco científico de discusión siempre se pondrá en duda lo que afirme cualquiera, sea un principiante o una eminencia reconocida. Cuando la “eminencia reconocida” comienza a balbucear estupideces, su voz pierde de forma compulsiva la calidad de ser especialmente “sabia”, justamente porque la voz de ningún científico está exenta de un análisis crítico permanente; por lo que el argumento de la “inteligencia más cultivada” solo sirve para manipular la verdad, convencer a quienes no tienen que ser convencidos y transformarse en un indicador de la (poca) seriedad y (nula) honestidad de quien lo pronuncia.

## 5. Conclusión (por qué no creo en dios)

Soy consciente de que aún ahora, casi habiendo llegado al final, sigo sin ofrecer una respuesta a la pregunta con la que comencé este texto: ¿Por qué no creo en dios? La respuesta implícita y a primera vista superficial en lo dicho hasta ahora: no creo en dios porque nací en un lugar y en una época que me permiten (así como le permiten a casi todos mis contemporáneos) poder elegir no creer. Teniendo en cuenta que a las posibilidades reales de elección que nos ofrece nuestro *Zeitgeist*, se le suma la accesibilidad inmediata e ilimitada de la información<sup>32</sup>, no es raro que la

---

<sup>31</sup> En 1996 la revista Nature señala que el 61% de los científicos norteamericanos se declaraban ateos, o al menos agnósticos, ante la creencia de un ser superior. En 1998 se repite el estudio entre los científicos más famosos, aquellos que han sido aceptados para formar parte de la prestigiosa *National Academy of Sciences*: Sólo un 7% cree en Dios frente a un 72% que se declara ateo. En el resto de EEUU ocurre lo contrario: sólo un 3% de la población total afirma no creer en ningún Dios.

<sup>32</sup> Una *forma social* de acceder a la información que no comenzó con internet (que más bien representa su última manifestación técnica), sino que es parte de un proceso que se viene gestando desde hace más de cien años y del cual participan redes sociales, económicas, tecnológicas y culturales y que no solo se manifiesta tecnológicamente sino que representa la verdadera

importancia social de la religión esté en un marcado retroceso. El conocimiento, que hasta hace no muchos años era patrimonio de pocos, hoy se está convirtiendo en un bien común. Y el conocimiento es el enemigo número uno de la superstición, del pensamiento mágico, de la religión y de la fe.

Teniendo en cuenta el grado de evolución que ha alcanzado la sociedad, si el fin social de la religión es, como esboqué más arriba, la eliminación de la contingencia (existencial, humana y metafísica) y la autoreproducción de la fe por medio de la fe: ¿no es la religión un sistema obsoleto? La función social y psicológica de la religión, ¿no está contemplada, de manera más completa, por otros sistemas? ¿No nos brindan la ciencia certezas, el arte bellezas, la familia amor? Sí, sí y un tercer ¡sí, cómo no! El argumento, repetido hasta el hartazgo, que sostiene que la religión “llena un vacío muy importante dentro de cada persona”, que es “imprescindible para el bienestar psíquico” de los seres humanos, que “aplaca la angustia existencial” que nos acoje, convirtiéndose en una especie de “alimento espiritual”, es sencillamente ridículo, obsoleto y absurdo. Ya entendimos, no hace mucho tiempo, pero lo entendimos, que nuestra existencia no tiene una mística razón de ser, que no somos ni más ni menos que una secuencia más o menos ordenada de átomos de carbono que por un capricho cósmico han desarrollado algo parecido a la conciencia; que no hay absolutamente nada especial en el hecho de que existamos. Los temidos suicidios en masa no se produjeron en ningún lugar del mundo. Nadie los propuso. La humanidad, habiendo perdido a dios, no se siente más sola, más insignificante ni más pequeña de lo que ya se sentía antes de contar con esta revelación. Por el contrario, se siente más adulta, más autónoma, más responsable.

Pero tal humanidad no existe, esa que se desprende de mis palabras y que aparenta haber dado un paso en conjunto: todavía hay una gran parte de ella que prefiere seguir alimentando una fantasía deísta que le otorgue una aparente seguridad, que le susurre al oído que no solo existe un creador del universo, sino que él ha reservado el lugar más importante de su creación para los seres humanos; que somos únicos, que no estamos solos, que dios nos ama. Todavía hay un gran porcentaje de la humanidad que prefiere creer en algo, cualquier cosa, que le evite tener que enfrentarse a la angustia de tener conciencia de la propia insignificancia existencial. Prefiere o no puede; no lo sé.

Sin embargo, todo aquel que haya contemplado el universo, su historia, sus increíbles e inabarcables dimensiones físicas y temporales, y no intuya la inutilidad y el absurdo del “sentido” que cualquier planteo metafísico intenta darle a la existencia, tiñéndola de una sobrenaturalidad y una “mística escondida”, tiene que dedicarse a observar otra vez y con más detenimiento. Porque intuyo que corre el inmenso riesgo de no advertir la belleza inherente y natural del cosmos, de la

---

**revolución social** de nuestra época... aunque éste sea un hecho que nadie se moleste en remarcar y todo el mundo, al hablar de la globalización, se sienta obligado a convertirse en un extremista y ver en dicho proceso una forma de “construir economías” o una forma de “dominación capitalista”. Siendo esta una nota al pie de la conclusión, voy a permitirme el lujo de reconocer que ámbas simplificaciones, encerradas implícitamente en innumerables lugares comunes, cursilerías, sandeces y opiniones de oído que todo el mundo parece estar obligado a tener sobre el tema me tienen hartado fastidiado.

poesía escondida en el hecho asombroso de que seamos parte de un universo que se observa a sí mismo, que somos la azarosa y física manifestación de su conciencia, que el sentido de la existencia y de la vida, en lugar de estar escondido, es insoportablemente evidente, maravillosamente flexible y radica en aquello que cada uno de nosotros intenta darle, pensando, sintiendo y viviendo de la forma en que elegimos pensar, sentir y vivir.

Entiendo que la fe surja del mismo asombro; todo creyente sincero concuerda en que existió en su vida un momento más o menos sublime de "revelación": un momento de observación de la naturaleza o de reflexión sobre la vida, un instante de comprensión, de claridad más o menos cabal, en donde un modelo metafísico y/o divino del origen del universo y de la vida aparece como la explicación más completa y más satisfactoria a la cuestión existencial. Ahora bien, antes de ese momento en donde se hace imprescindible encontrar una respuesta, ¿por qué el modelo metafísico aparece como una opción posible y probable para la mayoría de las personas? No lo sé, pero una posible respuesta a esta pregunta es que la fe es un modelo que todos conocemos y aceptamos desde niños: el adoctrinamiento religioso y la profusión de la fe siguen siendo parte del espíritu de nuestra época. El niño no se cuestiona lo que le enseñan sus mayores; entonces no es inexplicable que padres creyentes produzcan y alimenten la fe de su prole y de los cuales surjan hijos creyentes. (No hace falta más que observar el mapa geográfico-religioso del mundo para darse cuenta que la religión es un producto cultural; esto es tan evidente que casi siento vergüenza al escribirlo). Cuando el niño se convierte en hombre y comienza a cuestionar sus propios valores y se enfrenta por vez primera con la pregunta existencial, la solución metafísica ya está demasiado arraigada en su espíritu como para poder ser descartada fácilmente; y con ningún otro ejemplo podríamos ilustrar mejor el *vox populi* que afirma que *la familia es la base de la sociedad*: la locura colectiva que representan los ritos, los dogmas y la fe de cualquier religión nunca son descriptos, por nadie, como la patología que son; la sociedad, aún su parte atea y antireligiosa, es extremadamente cuidadosa a la hora de pronunciarse sobre la religión.

Pero éste es un proceso que está en pleno desarrollo, como indiqué al comenzar esta conclusión, el libre acceso al conocimiento es sin duda el mayor enemigo de la religión, de la fe y de la superstición en general: a medida que ese acceso es cada vez mayor, la fe es condición de cada vez menos cantidad de personas. Por ahora, este devenir es solo una *tendencia*; si en algún momento llegará a desembocar en la carencia absoluta de la necesidad social de la fe o no, no lo sé. De momento, ha desembocado en la carencia de fe de *algunas personas*, lo que nos ha valido la compasión de muchos creyentes. Yo sostengo que la fe es un mecanismo de dudoso valor, que no sirve para acercarnos a la verdad, ni para alterar la probabilidad de un suceso cualquiera, ni para la mejor comprensión del universo, ni para producir felicidad ni una vida más plena, ni como parte de una ética positiva, ni como parte necesaria del espíritu de nuestra época. La fe, entonces, solo es el elemento constituyente del ejercicio social de un tipo de esquizofrenia colectiva.

Por eso no creo en dios.

## 6. Bibliografía y fuentes

**Baraldi, Claudio, Corsi, Giancarlo y Esposito, Elena. 1999.** *GLU - Glossar zu Niklas Luhmann Theorie sozialer Systeme*. Frankfurt a.M. : Suhrkamp, 1999.

**Barrow, John. 2000.** *Der Ursprung des Universums - Wie Raum, Zeit und Materie entstanden*. München : Wilhelm Goldmann, 2000.

**Behe, Michael. 1998.** *Darwin's Black Box*. New York : Simon & Schuster, 1998.

—. **2006.** El más patético intento de responder al reto que la Complejidad Irreducible plantea al evolucionismo darwinista. *Servicio Evangélico de Documentación e Información*. [En línea] 23 de April de 2006. [Citado el: 20 de Mai de 2007.] <http://www.sedin.org/bol/bol2006-T2content.html#20060423>.

**Canterbury, Anselmo de. 1078.** Proslogión. *Biblioteca electrónica cristiana*. [En línea] 01 de 01 de 1078. [Citado el: 20 de 05 de 2007.] <http://www.multimedios.org/docs2/d001525/p000004.htm>.

**Darwin, Charles. 2007.** *Die Abstammung des Menschen*. Paderborn : Voltmedia GmbH, 2007.

—. **2004.** *El Origen de las especies por medio de la selección natural*. Montevideo : LibrosEnRed, 2004.

**Dawkins, Richard. 1993.** Conozca a mi primo, el chimpancé. *Sin Dioses*. [En línea] 05 de Juni de 1993. [Citado el: 20 de Mai de 2007.] <http://www.sindioses.org/cienciaorigenes/primochimp.html>.

—. **2007.** *El Espejismo de Dios*. Madrid : Espasa Calpe, 2007.

—. **1993.** *El Gen Egoísta - Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona : Salvat Editores, 1993.

**Fuchs, Peter. 2003.** SozialArbeit. *Die Moral des Systems Sozialer Arbeit*. [En línea] 01 de 01 de 2003. [Citado el: 20 de 05 de 2007.] [www.sozialarbeit.ch/dokumente/ethik.pdf](http://www.sozialarbeit.ch/dokumente/ethik.pdf).

**Hutcheson, Ron. 2005.** Bush endorses 'intelligent design'. *The Boston Globe*. [En línea] 02 de August de 2005. [Citado el: 20 de 05 de 2007.] [http://www.boston.com/news/nation/washington/articles/2005/08/02/bush\\_endorses\\_intelligent\\_design/](http://www.boston.com/news/nation/washington/articles/2005/08/02/bush_endorses_intelligent_design/).

**Kant, Imanuel. 1995.** *Kritik der reinen Vernunft*. Frankfurt a.M. : Suhrkamp, 1995.

**Luhmann, Niklas. 1998.** *Die Gesellschaft der Gesellschaft*. Frankfurt a.M. : Suhrkamp, 1998.

—. **1982.** *Funktion der Religion*. Frankfurt a.M. : Suhrkamp, 1982.

—. **1987.** *Soziale Systeme*. Frankfurt a.M. : Suhrkamp, 1987.

**Méndez, Jorge. 2005.** Crítica a la "complejidad irreducible" de Behe. *ABC.es*. [En línea] 22 de September de 2005. [Citado el: 20 de mai de 2007.] [http://foros.abc.es/cgi-local/forosabc/ultimatebb.cgi?ubb=get\\_topic;f=6;t=000382](http://foros.abc.es/cgi-local/forosabc/ultimatebb.cgi?ubb=get_topic;f=6;t=000382).

**Orgel, Leslie. 1974.** *Origins of Life on the Earth (Concepts of Modern Biology)*. New Jersey : Prentice Hall, 1974.

**Pool, James van der. 2006.** *A War on Science (Título en español: "La Ciencia en Duda")*. BBC, 2006.

**Sadedin, Suzanne. 2006.** A simple model for the evolution of irreducible complexity. *www.complexity.org.au*. [En línea] 01 de 01 de 2006. [Citado el: 20 de 05 de 2007.] <http://www.complexity.org.au/vlab/evolution/irreducible-complex/icTechnicalReport.pdf>.

**Sagan, Carl. 1999.** *Blauer Punkt im All*. Ausburg : Weltbild Verlag, 1999.

—. **2000.** *El mundo y sus demonios - La ciencia como una luz en la oscuridad*. Barcelona : Editorial Planeta, 2000.

—. **1996.** *Unser Kosmos*. Ausburg : Weltbild Verlag, 1996.

**Samples, Kenneth Richard. 2006.** Fe y razón. *Connections*. Trimestre 4, 2006, Vols. Vol. 8, No. 4, Online: [http://reasons.org/chapters/argentina/connections\\_2006\\_4.shtml](http://reasons.org/chapters/argentina/connections_2006_4.shtml).

**Sartre, Jean-Paul. 2000.** *Der Existentialismus ist ein Humanismus und andere philosophische Essays*. Hamburg : Rowohlt, 2000.

**Shallit, Jeffrey. 2002.** Review of William Dembski, No Free Lunch. *University of Waterloo*. [En línea] 01 de 01 de 2002. [Citado el: 20 de Mai de 2007.] <http://www.cs.uwaterloo.ca/~shallit/nflr3.pdf>.

**Skybreak, Ardea. 2003.** La teoría del Diseño Inteligente es religión, no es ciencia. *Sin Dioses*. [En línea] 23 de 11 de 2003. [Citado el: 20 de 05 de 2007.] <http://www.sindioses.org/cienciaorigenes/direligion.html>.

**Varios. 2004.** ¿Nos acerca la Ciencia a Dios? *Testigos de Jehová. Sitio oficial de Watchtower Society*. [En línea] 22 de Juni de 2004. [Citado el: 20 de Mai de 2007.] [http://www.watchtower.org/languages/espanol/library/g/2004/6/22/article\\_01.htm](http://www.watchtower.org/languages/espanol/library/g/2004/6/22/article_01.htm).